

# **EL PROBLEMA DE LA GUERRA**

CONTRIBUCIÓN A LA DISCUSIÓN PUBLICADA EN EL Nº 2 DE LOS *CUADERNOS DE ESTUDIO* DE LA LIGA DE  
LOS COMUNISTAS INTERNACIONALISTAS DE BÉLGICA (ENERO DE 1936).

**JEHAN**

**TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL**

EXTRACTO DE *EL FOLLETO JUNIUS: LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA* (1916).

**ROSA LUXEMBURG**

## PRESENTACIÓN\*

¡Guerra imperialista o revolución proletaria! En esta fórmula se condensa el dilema de nuestra época, la de la decadencia del modo de producción capitalista. Ya Engels, en el último cuarto del siglo XIX, preveía que la crisis crónica a la que llevaba la saturación de los mercados sólo encontraría una salida en un ajuste de cuentas general entre la potencia dominante de aquél tiempo -Gran Bretaña- y las demás potencias ascendentes. En los años de paso del siglo XIX al XX, esta alternativa histórica estuvo en el centro de los debates y resoluciones de la Segunda Internacional y, sobre todo, de las posiciones de los marxistas revolucionarios que, como Lenin y Rosa Luxemburg, presentían la llegada del capitalismo a su cumbre y el inicio de su declive histórico. Muy pronto, el estallido, en 1914, de la primera guerra imperialista mundial y, a continuación, la oleada revolucionaria internacional que tuvo su más alta expresión en la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, proporcionarían la prueba histórica concreta de que la humanidad entera se encontraba ante una encrucijada decisiva: ¡Revolución proletaria mundial o guerra imperialista mundial! ¡Socialismo o barbarie!

Algunos años más tarde, en respuesta a las posiciones contrarrevolucionarias de “socialismo en un solo país” y “coexistencia pacífica entre socialismo y capitalismo” defendidas por la Tercera Internacional moribunda, las minorías revolucionarias de la Izquierda Comunista que habían surgido ante la degeneración de la revolución rusa y de esta misma Internacional, recogieron, defendieron y profundizaron la comprensión de esta alternativa histórica.

Un magnífico ejemplo de esa labor de los grupos de la Izquierda comunista -realizada en las más difíciles condiciones de derrota general de la clase, persecución, debilidad numérica y aislamiento de la vanguardia revolucionaria en relación a las masas-, es esta contribución de Jehan -militante de la Ligue des Communistes Internationalistes (Liga de los Comunistas Internacionalistas)-, titulada *“El problema de la guerra”*, la cual publicamos aquí<sup>1</sup>. Esta contribución fue escrita en 1935, prácticamente en vísperas de la segunda guerra mundial.

Este texto nos parece de extrema importancia por varias razones. Basado en el materialismo histórico, destaca el desarrollo del capitalismo en su fase imperialista decadente y de los antagonismos de clase correspondientes, a la vez que sintetiza los debates que tuvieron lugar en el campo revolucionario alrededor de estas cuestiones. Además, el texto destaca y explica un conjunto de posiciones ya planteadas por la historia y que se encuentran en el centro de los principios programáticos de algunos de los grupos de la Izquierda Comunista, incluso actuales: tales como la cuestión del límite histórico del capitalismo; la de su decadencia; el fin de las guerras de liberación nacionales progresistas y el carácter imperialista de toda guerra de la burguesía en la actualidad; la falsa alternativa de “guerra o paz” difundida por la burguesía para desarmar al proletariado ante la guerra y desviarlo de su propia perspectiva. Ciertamente, el texto deja sin respuesta algunas cuestiones, tales como la de la naturaleza capitalista del Estado estalinista, pero denuncia con fuerza y claridad la política imperialista y de traición al proletariado por parte de dicho Estado; o bien sobre la persistencia, en aquel momento, de las colonias (cuestión que, objetivamente, sólo se zanjaría históricamente después de la segunda guerra mundial). Sin embargo, esas cuestiones no le restan peso ni

---

\* El presente folleto fue editado originalmente por la Fracción Interna de la CCI (hoy Fracción de la Izquierda Comunista Internacional), en español y francés en el 2007. En esta versión digital se ha conservado la presentación de esta organización, así como los apartados finales que narran su historia, posiciones, actividad y filiación.

<sup>1</sup> Este folleto aparece al mismo tiempo en francés y español. Hasta donde tenemos conocimiento, es la primera vez que este documento se publica en este último idioma.

importancia al texto. Lo fundamental, es que las cuestiones centrales que trata no son meras “curiosidades” históricas, sino temas de la más candente actualidad.

Tal es así que, actualmente, la alternativa “revolución proletaria o guerra imperialista mundial” ha vuelto abiertamente al frente del escenario histórico. El texto sobre *“El problema de la guerra”* explica por qué, mientras exista el capitalismo decadente, dicha alternativa será ineludible<sup>2</sup>. De este modo, al igual que en los años 1930, actualmente la burguesía de todos los países del mundo marcha inevitablemente por el camino de una nueva guerra mundial. Existe, sin embargo, una diferencia determinante entre aquel periodo y el actual: En los años 1930 la burguesía tenía ante sí a un proletariado aplastado, desorientado y disgregado políticamente a causa de la contrarrevolución triunfante, un proletariado cuya conciencia de clase se hallaba asfixiada y que se dejaba arrastrar, mediante la falsa alternativa de “democracia-fascismo” a la segunda carnicería imperialista mundial; es por ello que el texto considera, correctamente, que el curso de los acontecimientos, en ese momento, llevaría a la guerra imperialista, ante lo cual sólo quedaba esperar una reanudación proletaria a partir de las tensiones sociales que provocaría la guerra misma.

En cambio, actualmente, el proletariado, -que no es aún capaz de alzarse a la altura de los retos históricos que plantea objetivamente la situación, pero que aún está lejos de estar derrotado- se encuentra en un periodo de reanudación de su combatividad y de sus luchas. Por ello, la burguesía se ve obligada a operar “paralelamente” en dos frentes: el de la “marcha hacia la guerra”, y el de la lucha de clases contra su enemigo mortal, el proletariado; y ello contrariamente a lo que la historia le ha mostrado claramente, es decir, que requiere, tal como en los años 1930, asegurarse de la derrota física e ideológica del proletariado internacional antes de comprometerse en una nueva guerra generalizada, de lo contrario, como a finales de la primera guerra mundial, pone peligrosamente en juego su propia existencia y la de todo su sistema. Es por ello que el proletariado y sus minorías revolucionarias deben tomar conciencia de que hemos entrado en un periodo crucial, un periodo histórico inédito que, al revelar cada vez más claramente la naturaleza real del capitalismo y su quiebra total, abre más que nunca la vía al desarrollo de combates de clases decisivos y, con ello, a la posibilidad de una revolución proletaria mundial victoriosa.

\*\*\*

Además del texto del camarada de la Liga de los Comunistas Internacionalistas, aprovechamos para publicar también en este folleto las tesis de Rosa Luxemburg *“Sobre las tareas de la socialdemocracia internacional”*, escritas en 1916, al calor de la primera guerra mundial. Esta publicación se justifica por el hecho de que el texto de Jehan retoma varias de las cuestiones fundamentales planteadas por Rosa, además de que son poco conocidas en español, a pesar de que, en ocasiones, han sido publicadas como apéndice a su obra fundamental *“La crisis de la socialdemocracia”*.

Fracción Interna de la Corriente Comunista Internacional\*.

Mayo del 2007.

---

<sup>2</sup> El texto responde incluso anticipadamente a posturas tales como la que defiende la Corriente comunista internacional “actualmente”, que -contra toda las evidencias- insiste en que hoy una guerra imperialista mundial casi ya no es posible.

\* Actualmente Fracción de la Izquierda Comunista Internacional.

# EL PROBLEMA DE LA GUERRA

## I. EL IMPERIALISMO

Partiendo de la afirmación central del *Manifiesto Comunista* que dice que "*la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la luchas de clases*", podríamos afirmar que la guerra, al ser un aspecto de la vida de las sociedades divididas en clases, al mismo tiempo es una manifestación de la propia lucha de clases, el producto de una determinada correlación entre las clases antagónicas. La guerra es esa "túnica de Neso" adherida a toda organización social basada en la explotación.

La historia siempre ha sido una ilustración de antítesis sociales, de contrastes sociales, de luchas sociales que desembocan en guerras o en revoluciones. Pero con la llegada del sistema burgués de producción, las anteriores luchas de clases, de múltiples y variados aspectos, se han ido simplificado gradualmente hasta sintetizarse en una lucha entre la burguesía y el proletariado. Como decía Antonio Labriola: "*El secreto de la historia se ha simplificado*". Esto se debe a que el capitalismo, que es un modo de producción más poderoso y extensivo que todos los modos anteriores, ha logrado subordinar y someter a la ley del capital a todas las formas sociales supervivientes, mientras la burguesía, extendiendo su dominio, ha ido desarrollando inevitablemente también su propia negación, el proletariado, eliminando progresivamente a las clases intermedias.

Por otra parte, la sociedad capitalista, al trasladar a escala mundial ese fundamental antagonismo de clase que enfrenta a burguesía y proletariado, ha ido profundizando al mismo tiempo las diferencias que separan a la propia burguesía y que se reflejan en su división en economías nacionales, en Estados capitalistas antagónicos; en un sistema económico que, a pesar de su carácter mundial, está marcado por este defecto original que le impide alcanzar cualquier estabilidad o equilibrio.

A la hora de definir el imperialismo, evidentemente podríamos empezar diciendo que es la fase suprema de la evolución y del desarrollo capitalista, una fase en la que el nivel técnico y el potencial productivo han llegado a tal punto que hoy se puede afirmar que se cumplen las condiciones *objetivas*, las *bases* materiales, para instaurar el socialismo mundial.

Pero si queremos atenernos a la explicación marxista de la evolución capitalista, lo primero que debemos hacer es señalar que el imperialismo es el reflejo, en el *terreno mundial*, de la incoercible necesidad que se le impone a la burguesía, si no quiere ver cómo degenera su sistema de producción (como ocurre hoy en día), de proseguir con la acumulación del capital. Esta ley fundamental y motriz del "PROGRESO" capitalista fue la que empujó a la burguesía a transformar sin cesar en capital una fracción cada vez mayor de la plusvalía arrancada a los obreros y, como consecuencia, a desarrollar sin cesar las capacidades productivas de la sociedad. En esto consistió su misión histórica progresista. En cambio, desde una perspectiva de clase, el "PROGRESO" capitalista significaba proletarización creciente y explotación cada vez más intensa de los proletarios.

La clase dominante, lejos de consumir completamente el plusproducto que sustraía "LIBREMENTE" al consumo del proletariado, tenía que transformarlo en capital en su mayor parte, es decir, en un nuevo medio de explotación que le permitiera extraer del proletariado un excedente adicional. Este fenómeno se ampliaba en cada ciclo de la producción. El plusproducto engendraba plusproducto. La plusvalía atraía a la

plusvalía. Dicho de otro modo, la explotación del proletariado se desarrollaba siguiendo una progresión geométrica. La *ley del valor* tendía, en efecto, a reducir constantemente el precio de la fuerza de trabajo (es decir, el salario) al nivel del coste de su manutención, tendía, pues, a reducir este precio *en relación* a la productividad creciente del trabajo y al gigantesco desarrollo de la masa de productos consumibles. En otras palabras, el poder de compra (que en el régimen capitalista determina la capacidad de consumo) disminuía constantemente en relación a la capacidad general de la producción. Esta contradicción económica, que enfrentaba al *trabajo acumulado* (el capital) con el *trabajo vivo* (la fuerza de trabajo), se reflejaba en la contradicción de clase que enfrentaba cada vez más violentamente a la burguesía y al proletariado.

El capitalismo solamente podía intentar escapar de las tenazas de esta contradicción fundamental tratando de ampliar tanto la producción (mediante la acumulación) como el mercado capaz de absorber dicha producción, tanto en el interior como en el exterior de las fronteras nacionales.

Dado el propio funcionamiento del sistema capitalista, estos dos procesos de expansión solamente podían desarrollarse a través del mecanismo de la competencia. La competencia fue el acicate del desarrollo capitalista.

Durante el período de crecimiento del capitalismo, en el que la gran producción industrial eliminó definitivamente a las antiguas formas de producción, la competencia se limitaba a la lucha entre capitalistas individuales, órganos primarios del nuevo mecanismo productivo. Después, las exigencias crecientes de la acumulación eliminaron a los individuos, dando lugar a organismos colectivos, a las sociedades anónimas, los cárteles, los trust, unas empresas de carácter cada vez más monopolista cuyas luchas se trasladaron a un plano esencialmente internacional. En esta fase, la acumulación capitalista, desbordando ya ampliamente el marco nacional, continuó desarrollándose en dos aspectos característicos. Por un lado, una concentración y centralización *orgánicas*, en las formas ya indicadas de sindicatos, cárteles o trust nacionales e internacionales, bajo el control del *capital financiero*, la formación más avanzada del capitalismo, síntesis de los intereses particulares e incluso contradictorios de las formaciones burguesas: capital industrial, capital comercial, capital inmueble y capital bancario. El otro aspecto de la acumulación fue la anexión al mercado capitalista de nuevas zonas, nuevas regiones en las que sobrevivían economías atrasadas en las que no obstante el capitalismo podía vender sus productos y capitales.

Volviendo a la definición del imperialismo, su origen, repetimos, es la propia ley de la acumulación capitalista, y en sí mismo no refleja más que el hecho de que el capitalismo ya se ha erigido en el sistema económico dominante en todo el mundo, que ha sometido a sus leyes al resto de formaciones económicas y sociales de las que él es el sucesor histórico.

En realidad las dos manifestaciones de la acumulación capitalista que acabamos de indicar, a saber el desarrollo *orgánico* o *intensivo* y el desarrollo *geográfico* o *extensivo*, no se condicionan mutuamente, sino que el segundo depende del primero. No fue la extensión del mercado capitalista lo que estimuló la producción sino más bien ésta última, *dominada por la ley de la acumulación*, la que obligó al capitalismo a ampliar sin cesar su campo de actividad, sus mercados, anexionándose así todas las regiones del globo.

Sin embargo, en las naciones capitalistas más viejas, tales como Inglaterra, Francia u Holanda, la expansión colonial no data de finales del siglo XIX, sino del inicio de ese siglo, si bien es verdad que se inició en el siglo XVIII e incluso en el XVII. Lo cierto es que a finales del siglo XIX, una fase que se corresponde con un período de ascenso del capitalismo, con la extensión mundial del sistema capitalista y con la competencia

cada vez más áspera entre Estados capitalistas, se registró también una generalización de las guerras coloniales, una característica propia de la primera fase del imperialismo.

Partiendo de las consideraciones que hemos hecho al definir los fundamentos del imperialismo, parece claro que su significado esencial no se refleja en sus manifestaciones externas; es decir, que no se trata, por ejemplo, de poner el acento en la existencia de los monopolios, sino que hay que remontarse a su fuente profunda: la acumulación. Ante todo pensamos que hay que precisar esa afirmación de Lenin que dice<sup>3</sup> que *"la sustitución del monopolio por la libre competencia es un hecho económico de importancia radical", "el fondo mismo del imperialismo"*. Ciertamente, Lenin no quería decir que la competencia hubiera desaparecido, ya que necesariamente tenía que continuar existiendo en un sistema que, por naturaleza, excluye el equilibrio y el funcionamiento armónico; se refería a que esta competencia no era ya "LIBRE", en el sentido de que era menos anárquica, menos dispersa y había ascendido al plano superior de la lucha entre grandes organismos colectivos constituidos por trust verticales y horizontales, hasta llegar a una lucha entre los "TRUSTS" nacionales que son los Estados imperialistas. Sin embargo Lenin no subrayó con el mismo vigor que Luxemburg que, en el fondo, el imperialismo no era más que el fenómeno de la acumulación capitalista trasladado a escala mundial, fenómeno que, en la última fase del imperialismo, se halla constreñido por la imposibilidad de extender el mercado capitalista. Pensamos que al definir de esta manera el imperialismo se ilustra y se subraya mejor la dialéctica histórica, al mismo tiempo que se reducen a la nada todas esas nociones del "HIPERCAPITALISMO EXPOLIADOR", las "BASTILLAS" y el "FEUDALISMO CAPITALISTA", las típicas elucubraciones que vomitan todos los "anticapitalistas", que no son sino agentes de la burguesía.

Si bien se puede decir que el imperialismo es la fase de decadencia, de descomposición del capitalismo, esta decadencia sólo comienza a manifestarse en toda su amplitud a partir del periodo que se abre en 1914 con el desencadenamiento de la primera guerra mundial.

El primer período del imperialismo data del último cuarto del siglo XIX, y fue la continuación de la época de las guerras nacionales que cimentaron la constitución de los grandes Estados nacionales, entre las cuales la guerra franco-alemana podemos decir que señala aproximadamente el fin de dicho periodo. Si bien el largo período de depresión económica que sucedió a la crisis de 1873 llevaba ya en su seno la semilla de la decadencia del capitalismo, éste aún pudo sacar provecho de las cortas fases de recuperación que jalonaron esta depresión para, en cierto modo, consumir la explotación de los territorios y pueblos atrasados. El capitalismo, en su ávida y febril búsqueda de materias primas y *compradores* que no fuesen ni capitalistas ni asalariados, robó, diezmó y asesinó a las poblaciones coloniales. Fue la época de la penetración y de la extensión de Inglaterra en Egipto y África del Sur; de Francia en Marruecos, Túnez y Tonkin; de Italia en el oriente africano, sobre las fronteras de Abisinia; de la Rusia zarista en Asia central y en Manchuria; de Alemania en África y Asia; de los Estados Unidos en Filipinas y Cuba; y finalmente, de Japón en el continente asiático.

Pero una vez finalizado el reparto de todas las buenas tierras entre los grandes agrupamientos capitalistas, de todas las riquezas explotables y de todas las zonas de influencia, resumiendo, de todos los rincones del mundo donde se podía arrancar trabajo para amontonarlo en los bancos nacionales de las metrópolis una vez transformado en oro, entonces finalizó también la misión progresista del capitalismo. No porque el capitalismo hubiera implantado su sistema de producción en el mundo entero, ni porque hubiera sustituido a todos los otros sistemas preexistentes. Aún le quedaba mucho para ello.

---

<sup>3</sup> *"Contra la corriente"*, tomo 2. Véase también *"El imperialismo, fase superior del capitalismo"*.

El capitalismo no es un sistema progresista por naturaleza, sino por necesidad. Siguió siendo progresista en la medida en que ese progreso coincidía con los intereses de la clase que él representaba. La desaparición de esta coincidencia histórica implicaba inevitablemente la decadencia del capitalismo y toda la sociedad si el proletariado, sucesor de la burguesía, no lograba echarlo abajo.

Ciertamente, cuando la masa total de plusvalía producida en el mundo no solamente no se lograba acrecentar, sino que por el contrario decrecía, cuando la masa de plustrabajo disponible no se correspondía ya a las necesidades normales de los capitales existentes, cuando el beneficio desaparecía y, con él, el móvil de la producción capitalista, entonces debía abrirse la crisis *general* del capitalismo, que se reflejaba, por una parte, en el considerable agravamiento de la contradicción fundamental entre la burguesía mundial y el proletariado mundial y, por otra parte, en la agudeza de los antagonismos entre los grandes grupos capitalistas que constituían la esencia de la economía mundial.

En la fase del capitalismo decadente, estas contradicciones oscilan entre dos alternativas: la revolución proletaria y la guerra imperialista. La revolución, porque el problema del poder se plantea *objetivamente* ante el proletariado internacional. La guerra, porque la impotencia del proletariado para llevar a cabo esta tarea histórica arrastra inevitablemente a la sociedad hacia esa otra salida en la que irremediamente terminan desembocando los contrastes inter-imperialistas: la guerra.

Si en lugar de considerar la perspectiva de la guerra como salida a los contrastes del capitalismo (con el proletariado temporalmente eliminado de la escena histórica), avalamos la hipótesis de que se llegue a la formación de un trust mundial, a la instauración de un Super-imperialismo sobre la base de la explotación desenfrenada de un proletariado impotente, estamos reconociendo implícitamente que una sociedad de clases basada en la competencia y los antagonismos puede alcanzar un equilibrio. Ciertamente, sabemos que el capitalismo es una economía mundial, pero no por ello deja de estar dividida en unidades nacionales e imperialistas opuestas, surgidas a partir de unas células primarias: los capitalistas individuales que desarrollaron la producción mediante la competencia.

Evidentemente, puede haber treguas imperialistas efímeras, compromisos temporales que constituyen precisamente la sustancia de la "PAZ" capitalista. Luego analizaremos qué significa esta paz y la orientación que se puede imprimir a su evolución dependiendo de la correlación entre las clases. Pero una cosa es segura: en última instancia, es la *violencia* la que zanjarla la cuestión, ya sea el proletariado quien la utilice para liberar a la sociedad, o bien dicha violencia permanezca al servicio del capitalismo para la destrucción y el nuevo reparto de los mercados.

Por otra parte, la propia naturaleza de la crisis general del capitalismo, cuyas características hemos esbozado, impide solucionarla mediante conquistas coloniales. *La era de las guerras específicamente coloniales se ha cerrado definitivamente* (volveremos más adelante sobre esta afirmación). Como decía Luxemburg<sup>4</sup>: "*La guerra hipócrita y siniestra que se hacen entre sí todos los Estados capitalistas a expensas de los pueblos asiáticos y africanos, debe conducir tarde o temprano a un arreglo de cuentas general.*" Este arreglo de cuentas es la *guerra imperialista* por un nuevo reparto de los mercados entre las viejas democracias imperialistas, ricas desde hace mucho tiempo y ya parasitarias, y las jóvenes naciones capitalistas que llegaron tarde a la rebatiña.

---

<sup>4</sup> "La crisis de la socialdemocracia".

Con lo que hemos dicho hasta aquí, ya podemos afirmar que la guerra imperialista se sitúa en un ambiente histórico en el que el capitalismo ya se ha convertido en el sistema económico y político que rige toda la sociedad, que subordina a las leyes de su propia evolución, así como a las necesidades históricas que implica esta evolución, el destino de *todas* las formaciones sociales que existen en la economía mundial, cualquiera que sea el grado de desarrollo alcanzado por su modo de producción y su organización política.

Las cuatro grandes formaciones imperialistas existentes controlan actualmente la mayor parte de esta economía mundial, regulan la vida de las naciones capitalistas de segundo orden y poco desarrolladas, así como la vida de las economías atrasadas “BÁRBARAS” que se han incorporado al sistema imperialista.

La continua decadencia que caracteriza a partir de ahora todo el curso del capitalismo mundial, excluye todo progreso, que ahora ya está indefectiblemente ligado al advenimiento de la revolución socialista.

En la era de las guerras imperialistas y de las revoluciones proletarias ya no se enfrentan los Estados reaccionarios con los Estados progresistas, como en aquellas guerras en las que, con la participación de las masas populares, se forjó la unidad nacional de la burguesía sobre la que se edificaron las bases geográficas y políticas que sirvieron de trampolín a las fuerzas productivas.

La burguesía tampoco se enfrenta a las clases dominantes de las colonias, como en aquellas guerras coloniales que suministraban aire y espacio a unas fuerzas capitalistas de producción fuertemente desarrolladas.

En esta época se enfrentan Estados imperialistas, entidades económicas que, a pesar de repartirse el mundo, son incapaces de encauzar los contrastes de clase y las contradicciones económicas de otra forma que no sea operando, mediante la guerra, una gigantesca destrucción de fuerzas productivas inactivas y de innumerables proletarios rechazados de la producción.

Desde el punto de vista de la experiencia histórica, se puede afirmar que el carácter de las guerras que sacuden periódicamente la sociedad capitalista, así como la política proletaria correspondiente, no dependen sólo del aspecto particular –y frecuentemente ambiguo– bajo el cual dichas guerras surgen, sino principalmente del ambiente histórico, fruto del desarrollo económico y del grado de madurez de los antagonismos de clase. Examinando históricamente las posiciones que han adoptado los marxistas ante el problema de la guerra llegaremos a esta conclusión.

## II. LAS GUERRAS NACIONALES

Las guerras nacionales fueron el pilar de las revoluciones burguesas del siglo pasado.

El capitalismo, bajo el empuje de su transformación industrial y para desarrollar inicialmente su mercado interior, necesitaba un medio geográfico estable y unificado, coronado por una superestructura política, jurídica e ideológica adaptada a las crecientes exigencias de la producción capitalista de mercancías. Necesitaba grandes naciones modernas libres de todas las trabas feudales.

Necesitaba un aparato estatal como órgano de opresión y coerción de la burguesía, capaz de asegurar el funcionamiento "NORMAL" del sistema capitalista, de organizar y legalizar la explotación de un proletariado que había emergido recientemente de las relaciones capitalistas de producción, capaz también de contener sus luchas dentro de los límites del "ORDEN" burgués o de aplastarlas, capaz en fin de reunir al proletariado en torno a la bandera de la nación, entidad burguesa que preside la expansión de una producción que necesariamente debía desbordar esos estrechos marcos y orientarse hacia los antagonismos entre Estados capitalistas. Esta nación, la burguesía la construyó tanto en el interior, al calor de la lucha contra las clases reaccionarias, como en el exterior, al calor de la guerra contra los Estados feudales y despóticos.

El concepto de la guerra *progresista* no era pues más que el reflejo ideológico y teórico de una época histórica en la que, por una parte, la clase burguesa que accedía al poder político se veía obligada a ampliar sus bases sociales para favorecer la expansión de su sistema de producción y, por tanto, también a quebrantar mediante la guerra a los países que aún estaban aplastados bajo el caparazón feudal. Una época en la que, por otra parte, el proletariado, aún diseminado y amorfo, apenas acababa de surgir de las nuevas relaciones de producción y aún debía dejarse arrastrar por la ola ascendente de las fuerzas burguesas.

Los movimientos de independencia nacional que se desencadenan por toda Europa después de la revolución francesa de 1789 (que derivó en forma más clásica a las guerras progresistas contra las coaliciones feudales) y la revolución de julio de 1830, situaron poco después a Marx y a Engels ante unos problemas para cuya solución solamente contaban con la experiencia de la Gran Revolución. Marx se refiere al hecho de que ésta siguió una curva ascendente, marcada por el dominio sucesivo de los Constitucionales, los Girondinos y los Jacobinos, y deduce que el proletariado, arrastrado por el dinamismo de la burguesía, podrá sustituir los objetivos de la clase burguesa por los suyos propios en las próximas revoluciones burguesas.

Esta postura la retomaron en el *Manifiesto Comunista*, que apareció en *enero de 1848*: los comunistas debían buscar un punto de apoyo en la burguesía revolucionaria que luchaba contra las clases reaccionarias ("*los proletarios no combaten, por tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos*") con el fin de poder emprender *posteriormente* la lucha contra la propia burguesía. Marx y Engels, al trazar este esquema, contaban sobre todo con la revolución burguesa que maduraba en Alemania.

La revolución de febrero de 1848 en París, que tuvo su epílogo sangriento en junio, aportó el primer desmentido a la hipótesis de Marx sobre el ritmo progresivo de las revoluciones burguesas. Proporcionó la primera prueba histórica de que "*para alcanzar sus fines políticos, la burguesía no puede ya poner en movimiento a todo el proletariado*" (como en 1789). Marx, algunos años más tarde, en su *18 Brumario*,

constató que *"el partido proletario era un simple apéndice del partido pequeñoburgués demócrata, y fue traicionado y abandonado por éste durante las jornadas de junio."* Y concluyó afirmando que la revolución de febrero había seguido un proceso inverso al de 1789.

La segunda experiencia histórica la aportó la revolución alemana que se desarrolló desde marzo de 1848 hasta finales de ese mismo año, que convenció definitivamente a Marx de su error, confirmando que la burguesía alemana ya no era (como la burguesía francesa de 1789) *"la clase que defiende a toda la sociedad contemporánea contra el orden establecido"*, porque, al igual que la burguesía francesa en 1848, veía como se erguía ante ella un proletariado que crecía con la industria y que ya luchaba en el terreno económico.

Al mismo tiempo, se reveló lo vana que era la táctica propugnada por Marx después de la derrota sangrienta de junio del proletariado parisino: es decir, parar el golpe terrible sufrido por la revolución occidental sublevando a todas las fuerzas democráticas en una guerra contra Rusia, que era en esa época el baluarte de la reacción europea. En el pensamiento de Marx, la función de esta guerra consistía en reanimar el movimiento revolucionario en Alemania y favorecer la instauración de una república unitaria, al mismo tiempo que se favorecían los movimientos de liberación de polacos y húngaros. Pero en cambio, terminó venciendo la más oscura reacción, que ahogó la revolución húngara *con ayuda de los rusos* y posteriormente con la de Berlín. Las burguesías de Europa, lejos de apoyarse en el proletariado para barrer a las temerosas autocracias (como había hecho la burguesía francesa en 1792), apelaron, por el contrario, a esas autocracias para vencer concertadamente a la revolución en ascenso.

Luego incluso se llegó a ver a la burguesía occidental apoyando con sus capitales a la reacción zarista, que se vio obligada a emprender ciertas reformas después de su derrota en Crimea, y ayudándola a contener a las fuerzas revolucionarias que se levantaban en Rusia.

Por su parte, la burguesía alemana no logró realizar sus objetivos nacionales de 1848 más que a través de la guerra de 1870.

Respecto a la guerra franco-alemana, lo que permitió a Marx calificarla como *defensiva* para Alemania fue precisamente el hecho de que llevó a cabo la unidad alemana, a la cual siempre se había opuesto Napoleón III, a la vez que asestó a éste último unos golpes que terminarían abatiéndole, junto a su régimen reaccionario.

Pero la apreciación de Marx se modificó radicalmente tras la caída del Segundo Imperio francés y el advenimiento de la República, cuando el militarismo alemán mostró sus proyectos de conquista y, sobre todo, tras la derrota de la Comuna.

El ejemplo de la fraternización de los dos ejércitos enemigos para masacrar conjuntamente al proletariado, le pareció algo definitivo y que permitía denunciar que de ahí en adelante la *guerra nacional* *"no es más que una argucia de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, que además desaparece tan pronto como la lucha de clases estalla en guerra civil. El dominio de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado"*<sup>5</sup>.

La denuncia de Marx del carácter de clase de las guerras nacionales solamente significaba una cosa: que ya se había superado la época en la que esas guerras jugaban un papel progresista. Más tarde, en 1907, Kautsky (cuando todavía era marxista), a su vez, partiendo de toda la evolución capitalista posterior a la

---

<sup>5</sup> *"La guerra civil en Francia"*, Marx.

guerra de 1870, constató que "[...] *la burguesía detesta y tiene más miedo a la revolución que amor por la independencia y la grandeza de su nación* [...] y los problemas nacionales que hasta hoy sólo podían resolverse mediante la guerra o la revolución, ahora ya sólo pueden solucionarse mediante la victoria del proletariado"<sup>6</sup>.

Pero creemos que fue Luxemburg, en *La crisis de la socialdemocracia*, la que demostró de manera concluyente que, en el ambiente de la época imperialista, incluso las guerras nacionales que se presentan casi en estado puro, como fue el caso de las guerras balcánicas en 1912 y de la guerra defensiva de Serbia en 1914, no constituyen más que los eslabones de una cadena de acontecimientos que se precipitan inevitablemente hacia la guerra imperialista. En las tesis en las que cristalizó su postura, Luxemburg dice: "*La política de los estados imperialistas y la guerra imperialista no pueden conceder libertad ni independencia a ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndices y cómplices de sus compañeros de clase de los grandes Estados, no son sino piezas en un tablero de ajedrez sobre el que desarrolla el juego imperialista de las grandes potencias y, al igual que sus masas trabajadoras durante la guerra, son instrumentalizadas para posteriormente ser sacrificadas tras la guerra a los intereses capitalistas*"<sup>7</sup>.

En la misma época (en 1915), Lenin, atacando a Plejanov y Kautsky en *Contra la corriente*, dejó claro que de ningún modo se podían comparar las guerras de una burguesía por liberarse de las trabas feudales con las guerras que llevaba a cabo esta misma burguesía cuando ya se había vuelto "*senil, imperialista, cuando ya ha saqueado todo el universo y además de ser reaccionaria se alía al feudalismo para oprimir del proletariado.*"

Sin embargo, poco después (en 1916), también en "*Contra la corriente*", Lenin se opuso a la afirmación de Luxemburg según la cual "*en la era del imperialismo no puede haber ya guerras nacionales*" por lo que toda guerra nacional, desde el principio, adquiriría inevitablemente un carácter imperialista al chocar contra los intereses de uno u otro de los grandes agrupamientos imperialistas que se reparten el mundo.

Lenin afirmaba, por el contrario, que las "*guerras nacionales contra las potencias imperialistas no solamente son posibles y probables, sino que son inevitables y deben adquirir un carácter progresista y revolucionario*".

Pero Lenin emitió tal hipótesis en plena guerra imperialista, cuando se abría la perspectiva de un derrumbamiento general del sistema capitalista que podía provocar movimientos nacionales, sobre todo en las colonias. Lenin expresó claramente la preocupación de evaluar esos movimientos en función de la revolución proletaria en ascenso, ya que él consideraba que *su triunfo* dependía de la participación de las inmensas poblaciones coloniales apoyadas por la insurrección del proletariado en una u otra metrópoli.

Es evidente que Luxemburg, en su tesis sobre la imposibilidad de las guerras nacionales, solamente se refería a las revoluciones *burguesas* –de las colonias o de Europa–, que eran incapaces de franquear el dominio del imperialismo mundial, y no a las luchas de las clases oprimidas de las colonias contra la clase dominante aliada al imperialismo, las *guerras civiles* que conducen a la revolución con el apoyo del proletariado de las metrópolis.

---

<sup>6</sup> Citado en "*La crisis de la socialdemocracia*", Luxemburg.

<sup>7</sup> "*La crisis de la socialdemocracia*", Luxemburg.

Esta era también la concepción de Lenin, al margen de los argumentos secundarios que aportó en su polémica contra Luxemburg, especialmente aquel en el que trató de demostrar que si bien una guerra nacional podía transformarse en guerra imperialista, también podía ocurrir a la inversa, o aquel otro en el que, para apuntalar esta mera hipótesis, se vio obligado a ilustrarla con hechos de hacía un siglo: por ejemplo, las guerras de la Gran Revolución francesa comenzaron siendo nacionales y revolucionarias, pero se convirtieron en "IMPERIALISTAS" bajo Napoleón y engendraron, a su vez, guerras de emancipación nacional ¡contra el "IMPERIALISMO" de Napoleón!

Un año más tarde, las *Tesis de abril* acabaron con los equívocos, demostrando que las concepciones de Lenin y Luxemburg no eran fundamentalmente divergentes. En lo que concierne a la naturaleza de las guerras que podían surgir, estas tesis precisaban que *"el carácter político-social de la guerra no lo determina la 'buena voluntad' de los individuos, grupos, o pueblos enteros, sino la situación de la clase que hace la guerra; la política de clase de la que la guerra es continuación; los vínculos con el capital, como fuerza económica dominante de la sociedad moderna; el carácter imperialista del capital internacional."* Luxemburg no decía nada distinto.

### III. LA CUESTIÓN NACIONAL Y LOS MOVIMIENTOS NACIONALES DE LAS COLONIAS.

La cuestión nacional y el derecho de autodeterminación de los pueblos están estrechamente ligados a los problemas de los movimientos nacionales de emancipación y de las guerras nacionales.

Si bien el proletariado proclama y reivindica el derecho de autodeterminación de los pueblos, al mismo tiempo afirma que su realización es incompatible con la existencia del capitalismo, que la política imperialista que impregna la vida de todos los Estados, capitalistas o no, ahoga todo movimiento de liberación o lo desvía en provecho del imperialismo.

Versalles supuso un brutal desmentido a quienes pensaban que la guerra “del derecho” liberaría a los pequeños pueblos oprimidos y demostró que estos solamente habían cambiado de dueño, con el concurso de sus burguesías respectivas. Naciones secundarias como Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría o los países balcánicos, se convirtieron en el juguete de los imperialismos vencedores y “DEMOCRÁTICOS” de occidente, y al mismo tiempo en objeto de la codicia de los imperialismos vencidos.

La resolución del partido bolchevique sobre la cuestión nacional de abril de 1917 reconocía *“a todas las nacionalidades que forman parte de Rusia el derecho a separarse libremente y a formar Estados independientes.”* Lenin indicaba que *“las fronteras deben determinarse por la voluntad de las poblaciones”*, pero esencialmente su idea era que la resolución de este problema dependería de la revolución proletaria.

Sin embargo, los acontecimientos posteriores a la Revolución de octubre demostraron que el derecho a la autodeterminación era incapaz de materializarse en aquellas regiones donde el proletariado no había tomado aún el camino de la revolución, donde lo normal era que se arrojara a los brazos de la burguesía suscitando movimientos separatistas en beneficio de uno u otro imperialismo; tal fue el caso de los países bálticos y de Finlandia. En cambio, en Ucrania o en Georgia, donde los movimientos de clase pudieron conjugarse con la intervención del Estado soviético, éste tuvo que pasar por encima del principio democrático de autodeterminación para evitar que esos movimientos fueran presa del imperialismo.

Por otra parte, las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre la cuestión nacional se basaron en la necesidad de acabar con la mentira democrática de la igualdad de las nacionalidades. Afirmaban que: *“en lo referente al problema nacional [los comunistas deben] centrar también su atención, no en los principios abstractos o formales, sino: 1) en apreciar con toda exactitud la situación histórica concreta y, ante todo, la situación económica; 2) diferenciar con toda nitidez entre los intereses de las clases oprimidas, de los trabajadores y los explotados, y el concepto general de los intereses de toda la nación en su conjunto, que no es más que la expresión de los intereses de la clase dominante.”* Es decir, que para el proletariado la solución del problema nacional debe inspirarse en un criterio de clase.

Examinemos ahora un poco más de cerca las condiciones que rigen *los movimientos nacionales en las colonias.*

Marx y tras él Rosa Luxemburg, subrayaron la contradicción que surgía de las propias necesidades de la acumulación capitalista, que por una parte requiere la existencia de un mercado *no capitalista* en el cual poder realizar la plusvalía no consumida por la burguesía y, por otra parte, transforma ese mercado no capitalista en un mercado capitalista, para poder proseguir transformando en capital la plusvalía realizada; primero encontrar nuevos compradores para los productos capitalistas y, luego, convertir a estos compradores en asalariados o capitalistas, tal es la obsesión del capital.

La tesis marxista acerca de la extensión de la producción burguesa sobre la base de la destrucción de las economías atrasadas evidentemente sólo era válida como *tendencia* de la evolución capitalista y no como una perspectiva de segura y total sustitución de *todos* los sistemas sociales preexistentes por el sistema capitalista. La historia del capitalismo revela, por el contrario, que éste entra en su fase de descomposición antes de completar su misión progresista, pues la contradicción entre capacidad de producción y capacidad de compra se desarrolla mucho más rápidamente que la progresión del modo capitalista de producción a escala mundial, impidiéndole así sumar nuevas fuerzas productivas a las ya existentes. Dicho de otro modo, el mercado mundial se encuentra saturado de mercancías antes de transformarse completamente en un mercado capitalista en estado puro.

Al entrar en su crisis general, el capitalismo mundial, lejos de continuar la expansión de sus capacidades productivas, se ve obligado a comprimirlas, a *adaptarlas* a su fase de degeneración procediendo “pacíficamente” a la destrucción de valores de cambio y capitales, preludio de la destrucción violenta y sangrienta en la guerra imperialista.

Evidentemente, con la decadencia capitalista no termina la destrucción de economías precapitalistas. En las colonias continúa la disolución de las comunidades primitivas, de las economías domésticas y del artesanado campesino, así como su incorporación a la economía mercantil. Incluso se puede decir que el ritmo de esta disolución se precipita en la medida en que las contradicciones específicas del capitalismo imperialista se profundizan. La contracción de la masa total de plusvalía producida en el mundo entraña un agravamiento increíble de la explotación de las poblaciones coloniales, desconocida por el proletariado de las metrópolis.

El dominio colonial es un elemento vital que se convierte cada vez más en un pilar del capitalismo metropolitano. Solamente en las colonias las relaciones capitalistas de producción están aún poco desarrolladas: el proletariado existe en estado embrionario, el plustrabajo no se extrae principalmente de los asalariados, sino que llega al capital por vías indirectas, mediante el mecanismo de los préstamos, gabelas e impuestos, cuyo funcionamiento está garantizado por las clases dominantes.

La producción fundamental son las materias primas necesarias para las metrópolis.

El capitalismo metropolitano, aplastado bajo el peso de unos instrumentos productivos que no puede ya hacer funcionar integralmente, no puede tolerar que se formen en las colonias nuevos Estados capitalistas industrializados susceptibles de convertirse competidores, como fue el caso de las viejas colonias como Canadá, Australia y los Estados Unidos.

El imperialismo se opone a todo desarrollo industrial, a toda emancipación económica, así como a toda revolución burguesa nacional. Se esfuerza por conservar las formas de producción precapitalistas con el apoyo de las clases dominantes autóctonas, aunque el aumento de la explotación implica un agotamiento incesante de esas formas de producción.

Si se admite hoy que aún pueden existir guerras progresistas en las colonias, se está admitiendo también que la burguesía autóctona es capaz de presidir esa industrialización que el imperialismo se esfuerza precisamente en obstaculizar. En realidad, todos los movimientos nacionales burgueses de las colonias están condenados a ser reabsorbidos en provecho del imperialismo. Las burguesías autóctonas, temiendo que la agitación de las masas oprimidas pueda erigirse como una amenaza para su propio dominio, renunciarán a jugar un papel progresista, algo por lo demás ya superado por la evolución histórica, y se

limitarán a vivir a regazo del imperialismo que les garantiza sus privilegios. A este respecto, las experiencias de posguerra nos parecen perentorias, y la hipótesis emitida por Lenin en 1916<sup>8</sup> acerca de *“una guerra nacional de emancipación mediante la alianza de Persia, India, y China contra las potencias imperialistas”* ha sido desmentida por los acontecimientos. En la India, el movimiento nacional burgués, que provocó la fermentación de grandes masas que pasaban a acciones de clase, terminó con la traición de la burguesía hindú –con Gandhi a la cabeza– a revolución nacional y con un compromiso con el imperialismo inglés. En China, el Kuomintang, en su expedición contra el norte, se apoyó en marzo de 1927 en la insurrección proletaria de Shanghái para, un mes después, ahogarla en sangre con el oportunismo cómplice de la Internacional Comunista y del Partido Comunista Chino. La desbandada de este último culminó tras la derrota de la insurrección proletaria de Cantón en 1927. Con la desaparición del proletariado, desaparecieron también las perspectivas de desarrollo económico, un desarrollo que la burguesía se muestra incapaz de realizar con sus propias fuerzas, mientras se ve obligada a confiar su destino a la voluntad de los agrupamientos imperialistas dominantes.

En 1931, la burguesía china no hizo sino confirmar su incapacidad para oponerse al ataque brutal del imperialismo japonés, y parece que éste salió fortalecido tras las derrotas proletarias de 1927.

Estas experiencias nos parece que demuestran claramente que, incluso en las colonias, la era de las revoluciones burguesas ha terminado, que la vanguardia comunista no debe apoyar los pseudomovimientos nacionales demócratas burgueses, que, en fin, la industrialización no puede realizarse ya más que bajo la égida del proletariado victorioso de los países desarrollados.

Por otra parte, las tesis del II Congreso establecían diferencias entre movimientos democráticos burgueses y movimientos nacionalistas revolucionarios. Pero además, los propios debates dejaron entrever que la conclusión dependería de posteriores experiencias. Según Lenin, concretamente, la idea que resultó de esta discusión fue que *“los movimientos burgueses por la emancipación de las colonias deben ser apoyados por los comunistas solamente en el caso de que estos movimientos sean realmente revolucionarios, en tanto no se opongan a que los comunistas den a los campesinos una educación revolucionaria y una organización y no impidan preparar a las grandes masas explotadas para la acción revolucionaria. Si esto no es posible, los comunistas están obligados a combatir a la burguesía reformista, tal como combaten a los héroes de la Segunda Internacional.”*<sup>9</sup>

En resumen, toda evolución *progresista* en las colonias depende, no ya de las supuestas guerras de emancipación de las burguesías “OPRIMIDAS” contra el imperialismo opresor, sino de la guerra civil de los proletarios y de las masas campesinas contra sus explotadores directos; de las luchas insurreccionales que deben llevar a cabo junto al proletariado avanzado de las metrópolis.

---

<sup>8</sup> *“Contra la corriente”*.

<sup>9</sup> Discusión del II Congreso de la Internacional Comunista.

#### IV. LA PRIMERA Y LA SEGUNDA INTERNACIONAL ANTE EL PROBLEMA DE LA GUERRA.

Ya hemos esbozado la evolución del pensamiento marxista respecto al problema de la guerra según las distintas situaciones históricas que se fueron sucediendo durante el siglo XIX.

Pero esto no significa que esta evolución se reflejara fiel y automáticamente en las resoluciones de la Primera y Segunda Internacional, o en la política de los partidos obreros. La confusión, la imprecisión y el particularismo, impregnaron durante mucho tiempo la política obrera y sus formas de lucha contra la guerra, y esto se explica perfectamente por el enmarañamiento, el solapamiento “*de los diversos períodos del capitalismo y de las relaciones de clase correspondientes. Tal es así que las consignas ‘defensa nacional’ y ‘derrotismo’ se opondrán frecuentemente. Por ejemplo, durante la guerra franco-alemana y antes de la caída del Imperio, muchos socialistas franceses eran derrotistas y toda la oposición republicana burguesa rechazó el voto de los créditos de guerra, mientras que, por otro lado, los obreros alemanes creían que estaban ‘obligados a sufrir una guerra defensiva como un mal inevitable’.*” (Manifiesto de Brunswick).

Después de Sedan, en cambio, los obreros franceses adoptaron una actitud de defensa nacional (que incluso fue el origen de la insurrección de la Comuna), mientras que los obreros alemanes se levantaron contra los proyectos de conquista del militarismo prusiano, reclamando una paz honrosa para Francia y protestando contra la anexión de Alsacia y Lorena.

Antes de aquello, la Primera Internacional no pudo contribuir mucho a la clarificación de la política obrera: los congresos de Lausana en 1867 y de Bruselas en 1868 solamente adoptaron soluciones de carácter demostrativo (supresión de los ejércitos permanentes, organización de milicias, organización de la huelga general).

La lucha de la Segunda Internacional contra la guerra se caracteriza por dos posiciones centrales: la primera, la lucha contra el zarismo, defendida hasta el Congreso de Stuttgart; y la segunda, la lucha contra el imperialismo, propugnada a partir de Stuttgart y hasta la guerra mundial.

El primer período –de 1889 a 1907– se caracteriza por el hecho de que el movimiento obrero no había logrado aun descubrir ni definir claramente la época imperialista.

La política internacional de la socialdemocracia siguió inspirándose en las concepciones de Marx sobre Rusia en 1848, país que en esa época era el eje de la reacción europea. El zarismo, en lucha contra la revolución en ascenso, ya había recibido sin embargo el apoyo político y material de la “DEMOCRACIA” francesa. El propio Engels, en 1892, se mantenía en esta postura. Considerando, a la sazón, a la socialdemocracia alemana como el pivote de la Internacional y sobreestimando las perspectivas revolucionarias en Alemania, Engels preveía una guerra de defensa nacional contra las fuerzas coaligadas de Francia y Rusia, con la que los obreros recobrarían nuevamente el impulso revolucionario de los jacobinos franceses sustituyendo al gobierno burgués<sup>10</sup>.

El Congreso de Zúrich de 1893 defendió la fórmula: “¡El zarismo, principal enemigo!” Sin embargo, al dejar de rechazar por principios el recurso a la *huelga general*, la socialdemocracia hizo un progreso; y es que su rechazo se debía hasta entonces a la postura apolítica de los anarquistas ante la huelga general. A pesar de ello, el congreso rechazó la propuesta de Dómela Nieuwenhuis de que se considerara la huelga

---

<sup>10</sup> “La crisis de la socialdemocracia”.

general como medio de lucha contra la guerra. Los marxistas de aquella época argumentaron su oposición: Plejanov, declarando que la aceptación de la propuesta significaría *"la destrucción de la cultura occidental por el despotismo oriental"*, Guesde, que ello equivaldría a *"desarmar al occidente socialista ante la barbarie asiática."*

Pero la guerra hispano-americana y la ruso-japonesa, así como las múltiples expediciones coloniales que se sucedieron a partir de 1880 y el crecimiento de los monopolios, terminaron aclarando el ambiente histórico en el cual evolucionaba el capitalismo y el movimiento obrero. El aplastamiento de la primera revolución rusa de 1905, con el apoyo indirecto de la "CULTURA OCCIDENTAL", puso al descubierto brutalmente el engaño de la fórmula *"el zarismo, principal enemigo"*.

El Congreso de Stuttgart de 1907 pudo así proclamar con mucha mayor claridad que la lucha contra la guerra no se podía separar de la lucha de clases y que las guerras eran el producto del capitalismo. Gracias a la izquierda marxista, dirigida por Lenin, Luxemburg y Mártov, se logró definir los vínculos que existían entre las condiciones objetivas de la época, la guerra y la revolución, lo cual se formuló por primera vez diciendo que *"en la guerra, el proletariado deberá utilizar la crisis económica y política para abatir al capitalismo"*, formulación que posteriormente Lenin convertiría en su consigna de *"transformar la guerra imperialista en guerra civil"*.

El Congreso de Basilea de 1912, que se desarrolló en una atmósfera internacional cada vez más tensa, radicalizó aun más la resolución de Stuttgart. Pero, en realidad, el contenido de clase de la Segunda Internacional no reflejaba para nada el contenido de sus resoluciones internacionalistas. Dichas resoluciones encubrían una unidad ficticia, plasmada en la adhesión de los oportunistas a todas las formulaciones presentadas por las izquierdas marxistas, pero no disimulaban la profunda crisis ideológica que devastaba al movimiento obrero.

Y es que si bien la Segunda Internacional presidió la creación y el desarrollo de grandes organizaciones de clase del proletariado, por otro lado fue contemporánea a la expansión imperialista del capitalismo.

El oportunismo fue precisamente el producto de todo este período "PACÍFICO" del capitalismo, que se exteriorizó en el pillaje y el asesinato de los pueblos coloniales, así como en la afluencia hacia las metrópolis de enormes masas de plusvalía que ayudaban a corromper al movimiento obrero y contribuían a su regresión ideológica.

El oportunismo, "teorizado" en el "bersteinismo", lo impulsaban precisamente sus relaciones íntimas con el capital, del cual no era más que un agente dentro de las organizaciones obreras. Y sin embargo, aunque predominaba en la Internacional, el oportunismo se veía obligado a disimular su nacionalismo utilizando una fraseología internacionalista y sumándose a las resoluciones revolucionarias. Le era imposible oponerse abiertamente a la realidad histórica, claramente percibida por el proletariado, que había asistido durante décadas a la formación, a plena luz del día, de las constelaciones imperialistas, a la preparación de la guerra mundial. Los hechos hablaban un lenguaje tan claro de que cualquier distinción sutil entre derrotismo y defensa nacional, entre agresor y agredido, entre democracia y autocracia resultaba extremadamente peligrosa, sobre todo por la presencia de una izquierda marxista, activa aunque poco numerosa.

Esto explica por qué el absceso oportunista no reventó hasta la fiebre patriótica de 1914, en la que se cruzaron las consignas de *"lucha contra el zarismo"*, *"lucha contra el militarismo prusiano"*, *"por la democracia"* o *"por la civilización"*.

Las "justificaciones" chovinistas y la defensa del capitalismo no podían salir a la luz hasta el estallido la guerra, y no antes.

En *Contra la corriente*, Lenin señaló muy bien que *"es imposible explicar la 'TRAICIÓN' sin relacionarla con el oportunismo, considerado como una dirección que tiene tras de sí la larga, larga historia de toda la Segunda Internacional"*.

Es pura fantasía decir que la causa del giro fulminante de 1914 fue el "SENTIMIENTO NACIONAL" de las masas, y que este giro provocó desconcierto y sorpresa en los círculos dirigentes de la Internacional, pues las resoluciones de Congreso dan testimonio de un perfecto conocimiento del curso y la orientación de los acontecimientos y del carácter de la época.

Pero lo cierto es que fue 1914 lo que reveló que la ideología oportunista había causado muchos más estragos de lo que aparentaba la fachada de unidad de la Segunda Internacional. Y esa gran traición también reveló que sus protagonistas habían sido los partidos socialistas de los países altamente desarrollados, que aunque se apoyaban en vastas organizaciones no habían librado grandes batallas revolucionarias, mientras el partido bolchevique, representante de un país atrasado pero templado por una década de luchas gigantescas contra la autocracia y el oportunismo, fue el que ofreció más resistencia a la tormenta capitalista.

## V. LA GUERRA Y LA PAZ.

Por una parte, la guerra no es más que la política de “paz” del capitalismo llevada hasta sus consecuencias extremas bajo la presión de las contradicciones económicas y los contrastes de clase, que no ofrecen ya otra salida más que la destrucción de vidas y riquezas materiales.

Por otra parte, la paz refleja las modificaciones que provoca la guerra en la correlación de fuerzas entre Estados antagónicos, y al mismo tiempo la reanudación de la política “PACÍFICA” del capitalismo, que se orientará inevitablemente hacia una nueva guerra si el proletariado no logra hacerle frente con la revolución.

Guerra y paz son, pues, dos manifestaciones alternas de la evolución del capitalismo.

La propia brevedad del período de tregua del capitalismo, que va de 1918 a 1935 y que está muy cerca de alcanzar su límite, refleja el poderoso ritmo que, en su crisis decadente, precipita al conjunto de la sociedad burguesa hacia una nueva guerra mundial, dado que el proletariado como clase revolucionaria que detenta la clave del progreso humano, ha desaparecido provisionalmente de la escena histórica.

Los elementos esenciales que han jalonado este período pueden esbozarse como sigue:

La primera guerra imperialista sacudió al sistema capitalista hasta sus cimientos. Antes de que terminara, en 1917, el frente de clase del capitalismo mundial se rompió en su sector más débil: el proletariado ruso, al instaurar su dictadura, mostró el camino al proletariado mundial.

Sin embargo, en Europa central y occidental, los bastiones del capitalismo, una burguesía más resistente y más experimentada pudo canalizar el flujo revolucionario hacia derivativos democráticos, sacando partido de la inmadurez ideológica y de la inexperiencia de unos partidos comunistas embrionarios y apoyándose en una socialdemocracia aún sólidamente enraizada en las masas obreras. La reactivación económica, como respuesta a las inmensas necesidades comprimidas por la guerra y a las gigantescas destrucciones, vino también al rescate del capitalismo.

La derrota del proletariado alemán en 1923 puso punto final a las convulsiones sociales que acababan de sacudir a todo el edificio capitalista.

Durante el período 1924-1928, el mundo capitalista logró recuperar un equilibrio relativo que, en el frente de clases, se reflejó en la “ESTABILIZACIÓN” del Estado soviético sobre la base del “SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS”.

Económicamente, esta “ESTABILIDAD” capitalista se manifestó en una actividad febril, no ya sobre la base de una extensión del mercado mundial (algo imposible en la crisis general del capitalismo), sino sobre la base de una reconstitución de las fuerzas productivas incluso más allá de su nivel primitivo, lo que confería a este impulso un aspecto de prosperidad.

La burguesía pudo ilusionarse con un retorno a los hermosos días de antaño, y su optimismo se plasmó en su actividad diplomática.

Fue la época de los idilios “PACIFISTAS” y democráticos que engendraron:

- En 1925, el pacto de Locarno, inspirado por Briand, el “peregrino de la paz”, pacto que reflejaba los intentos de que Alemania aceptara –ahora que el desarrollo económico la predisponía favorablemente a ello– la correlación de fuerzas establecida violentamente en Versalles, y que concluyó con la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones.
- En 1928, el pacto Briand-Kellog, la cumbre de la efusión diplomática, una manifestación platónica de la burguesía mundial que proclamaba su *“renuncia solemne a la guerra, en tanto que instrumento de la política nacional”*, y a la cual se asoció la URSS, acoplando su “tesis” del desarme general que acababa de presentar en Ginebra.

Pero los límites definidos entre los cuales podía evolucionar a partir de entonces el capitalismo, hicieron que esta pseudo-prosperidad general se orientara hacia un crecimiento del nacionalismo económico que se caracterizó, entre otros aspectos, por una trasfusión parcial de los mercados, del exterior al interior de las economías imperialistas. Este fenómeno se amplificó durante la crisis mundial.

Además, las funciones económicas del Estado burgués crecían junto a la necesidad de adaptar el mecanismo capitalista a su fase de descomposición. Todo el peso de esta adaptación se dirigió hacia una intensificación de la explotación de los obreros, los campesinos y las capas pequeñoburguesas. Tal fue la respuesta capitalista a la degeneración de la Internacional Comunista y del Estado proletario, entregados a la “construcción del socialismo” en Rusia mientras el proletariado internacional se alejaba de sus posiciones de clase y perdía la visión de sus tareas históricas.

El capitalismo acentuó su presión a finales de 1928, cuando, al haber agotado todas sus posibilidades de reconstitución, la crisis económica mundial le agarró por el pescuezo.

La ofensiva capitalista contra las condiciones de vida del proletariado vino acompañada en Rusia por la instauración del primer plan quinquenal, con el apoyo de los capitales norteamericanos, ingleses, franceses, e incluso alemanes. El proletariado internacional veía como crecía el “SOCIALISMO” en la Rusia soviética al mismo tiempo en que disminuían sus salarios.

La resistencia y adaptación del capitalismo a la crisis se tradujo en fluctuaciones coyunturales, muy desiguales, destrucciones masivas de capitales, devaluaciones monetarias, batallas arancelarias y guerras monetarias. Todos los Estados capitalistas aceleraron su transformación en economías de guerra siguiendo un ritmo adaptado a la capacidad de resistencia de cada uno de ellos. La importancia de su base imperialista era la que determinaba esa capacidad. Los que se levantaban sobre una plataforma demasiado estrecha, carentes de elementos capaces de amortiguar los contrastes económicos y sociales, tuvieron que recurrir a la violencia del fascismo. El capitalismo italiano no pudo resistir la tormenta de 1921 y se vio obligado a abatir al proletariado.

En 1933, en el quinto año de crisis, fue la burguesía alemana la que empleó la violencia fascista sobre un proletariado impotente, gracias a la política de la Internacional Comunista.

Una vez se produjo esta última brecha en el frente capitalista, no había ninguna duda de que los antagonismos inter-imperialistas se agravarían y de que se aceleraría el curso de la evolución capitalista hacia la guerra mundial.

El “pacto de los cuatro” de julio de 1933 apareció como el supremo intento diplomático de los imperialismos vencedores para mantener el estatus territorial en el marco de unos tratados virtualmente

caducos; al mismo tiempo pretendía contener las veleidades expansionistas de una Alemania que ya planteaba el problema del Anschluss.

Aunque en el proyecto original, de inspiración italiana, el pacto incluía la revisión de los tratados y el principio de la igualdad de derechos, estos dos elementos no se incluyeron en el texto definitivo. Por lo demás, para los italianos, el pacto era menos un intento de revisión que un cambio de orientación de la política italiana, de Alemania hacia Francia, que permitiera una distensión de las relaciones franco-italianas y preparara los acuerdos de Roma de enero de 1935. Estos, firmados por Laval y Mussolini, dieron carta blanca a éste en África oriental, a la vez que consolidaron la influencia francesa en la Europa central y balcánica.

En el terreno de clases, después del ascenso del fascismo en Alemania, en el interior de las "DEMOCRACIAS" occidentales se asistió a la pulverización de las últimas posiciones del proletariado y a la dispersión de los últimos restos de su conciencia, que preparaba el terreno para su conformación ideológica con miras a la guerra.

En esta obra de corrupción capitalista, el Estado proletario y la Internacional Comunista jugaron un papel predominante. La primera experiencia histórica de coexistencia de un Estado proletario con el mundo capitalista ha demostrado que este Estado no puede mantenerse como posición avanzada del proletariado mundial más que a condición de permanecer integrado en el frente internacional de la lucha proletaria, en lugar de arrastrar al proletariado a remolque de la política del Estado "SOCIALISTA"; a condición de enfrentarse a los Estados capitalistas, en lugar de hacer que el proletariado sancione su política de "SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS" y de lucha "PACÍFICA" entre dos sistemas sociales, desviándolo al mismo tiempo de sus luchas específicas contra el capitalismo.

El acuerdo de Rapallo, en 1922, llevaba en su seno el germen de los elementos que terminarían provocando, no ya un fortalecimiento del Estado soviético en tanto que instrumento de la revolución mundial, sino una escisión entre esta función revolucionaria y su política de Estado.

La participación de la URSS en la comedia del pacto Kellog, en 1928, vino precedida en noviembre de 1927, como hemos dicho, por una propuesta de Litvinov en Ginebra a favor del desarme general. Esta propuesta se oponía también a la tesis francesa de seguridad, así como al método de los pactos de garantía, si bien bajo sus formas de intransigencia doctrinal dejaba entrever ya una oferta de colaboración "sincera y objetiva" con la burguesía, con miras a un desarme integral.

La segunda propuesta, hecha en marzo de 1928, abandonaba la reivindicación del desarme integral por la del desarme parcial.

En la Conferencia de desarme, reunida en mayo de 1934, Litvinov contempló el fracaso completo de su programa, lo que le llevó a sustituir la tesis del desarme parcial por la de las "GARANTÍAS DE PAZ", adhiriéndose así a la tesis francesa de la "SEGURIDAD".

La adhesión de la URSS a la Sociedad de Naciones (Sociedad de Bandidos, en 1917) se justificó con este argumento: que la función de este organismo imperialista se modificaría así "PROFUNDAMENTE", y ya no sería una coalición imperialista dirigida contra la Rusia soviética, sino el lugar de concentración de las "FUERZAS DE PAZ" de los imperialismos vencedores interesados en la conservación "pacífica" de su botín.

Desde un punto de vista de clase, todo es cuestión de saber quién ha cambiado: ¿La SDN o... la URSS? Y la respuesta nos la da toda la evolución de la URSS. Su cambio de orientación política se bosqueja en

la Conferencia de Génova, en 1922, donde los Soviets, a través de Chicherin, vislumbraban la posibilidad de una coexistencia pacífica e independiente entre dos sistemas de producción antagónicos, y llegaron incluso a ofrecer su colaboración para la reconstrucción de una Europa exangüe –lo que no significaba otra cosa más que una reconstrucción del capitalismo a partir del aplastamiento del proletariado internacional (tal como los acontecimientos posteriores demostraron)–.

Esta posición evidentemente tiene su origen en las profundas modificaciones que se produjeron en la correlación de fuerzas entre burguesía y proletariado tras el reflujo de la ola revolucionaria.

Acabamos de señalar que el problema del desarme fue una de las piedras de toque de los cambios de la política de la URSS, y que en la Conferencia de 1934 ésta abandonó definitivamente el terreno de clase para adherirse abiertamente al imperialismo francés y al mantenimiento del statu quo territorial, bajo el disfraz de una política de “DEFENSA DE LA PAZ CONTRA LAS FUERZAS DE LA GUERRA”. Esta posición “POR LA PAZ”, “CONTRA LA GUERRA”, en el contexto en el que se ha producido, evidentemente supone negar radicalmente la realidad que implica la supervivencia de una sociedad dividida en clases, y conlleva rechazar la propia lucha de clases, que excluye evidentemente toda idea de “PAZ”. Además, esta política implica reconocer al sistema capitalista como una sociedad capaz de evolucionar normalmente bajo formas “PACÍFICAS”, armónicas, bajo la égida de unos organismos jurídicos internacionales como la Sociedad de Naciones. Se da a entender así que el mantenimiento de la paz depende de la “VOLUNTAD” de los “ELEMENTOS PACÍFICOS” del capitalismo, que deben hacer entrar en razón a los “ELEMENTOS PERTURBADORES” que provocan guerras expoliadoras.

Así pues, la guerra no aparece ya como la manifestación más violenta y catastrófica de una sociedad en la que se enfrentan burguesía y proletariado, una sociedad en la que la conservación y el fortalecimiento del dominio burgués conducen inevitablemente a la guerra, mientras que solamente la revolución proletaria puede conducir a la liberación de la sociedad entera y, como consecuencia, a la paz. Así pues, el dilema central no es ya entre capitalismo y socialismo, dos tipos de sociedades que se excluyen recíprocamente, sino que es, por ejemplo, entre democracia y fascismo, dos formas de vida de una misma sociedad que no se contradicen, sino que reflejan una continuidad de la política burguesa.

Así, los socialistas y centristas que durante “LA PAZ IMPERIALISTA” han cooperado en la obra burguesa de corromper al proletariado y a sus instrumentos de clase –la Internacional Comunista y el Estado proletario–, podrán denunciar tranquilamente la masacre general como un “CRIMEN” de las potencias malas del capitalismo, disimulando el hecho de que en realidad será el producto de sus traiciones conjugadas.

Así, la alternativa guerra-revolución –polos de atracción de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista– se sustituye fraudulentamente por la alternativa guerra-paz. El significado concreto del pseudodilema guerra-paz se refleja actualmente en esta fase transitoria que prelude la guerra mundial, cuya maduración prosigue activamente.

Es cierto que no todos los clanes imperialistas tienen la misma inevitable prisa por recurrir a la guerra. Unos, bajo la máscara democrática, apoyados en sus poderosos imperios coloniales, pueden aún, en cierta medida, resistir el empuje de los contrastes fundamentales del capitalismo por medio de una “POLÍTICA DE PAZ”, para lo cual se han asegurado la colaboración de la URSS, otro “FACTOR DE PAZ”; una política que, en último análisis, sólo trata de conservar un botín adquirido durante siglos y que la primera guerra mundial no hizo más que ampliar.

Los otros, los Estados fascistas –los menos resistentes a la crisis, en los que proceso de preparación para la guerra está más avanzado y cuya economía de guerra está más desarrollada debido a esta menor resistencia económica–, se ven obligados a descargar sus contrastes en la guerra.

La burguesía italiana, que fue la primera en quebrantar el espinazo al proletariado, es también la primera que debe recurrir a la guerra, precisamente porque el fascismo, si bien ha resuelto temporalmente el problema político al consolidar el dominio burgués, no ha resuelto para nada –y no podía hacerlo (como ninguna otra forma de dominio burgués)– los problemas económicos, que están íntimamente ligados a las contradicciones de la crisis general del capitalismo.

Pero no depende de la voluntad de ningún imperialismo, por poderoso que sea, escapar de una guerra que terminará revelándose, en segundo lugar, como un medio de defender su propia posición en el mundo y, en primer lugar, como la ineluctable salida a los contrastes que el capitalismo *mundial* no pudo ya contener, en su crisis histórica de degeneración.

La adhesión de la URSS a la “POLÍTICA DE PAZ” de los imperialistas más poderosos significa que el Estado proletario (y con él la Internacional Comunista) ha roto con el programa de la revolución proletaria y se encuentra, por ello, irresistiblemente atrapado en la corriente que dirige al conjunto de la sociedad hacia una guerra mundial. La política de la URSS adquirió el carácter conservador de la política capitalista desde el momento en que dejó de basar su fortalecimiento en la progresión de la revolución mundial para empezar a basarse en la consolidación de sus posiciones económicas como Estado *particular*, lo que se llevó a cabo a través de los planes quinquenales. Su política de paz desemboca en traición abierta con la firma del pacto franco-soviético, por el que se reconoce la “*legitimidad*” del militarismo francés, e igualmente a través de las decisiones del VII Congreso de la Internacional Comunista, que pone a los partidos comunistas virtualmente a disposición del capitalismo, como fuerzas gubernamentales. Las derrotas proletarias no son, pues, el resultado de la traición de la Segunda Internacional, como el centrismo se ha dado el gusto de afirmar en varias ocasiones refiriéndose a los acontecimientos de Alemania, Austria y España –pues esa traición de la socialdemocracia se reflejó históricamente en 1914, cuando pasó definitivamente al servicio del capitalismo–, sino que estas derrotas son producto del oportunismo de una Tercera Internacional encadenada a los intereses nacionales del Estado ruso. Y, al contrario de lo que ocurrió en 1914, la traición del centrismo se ha consumado incluso antes de la explosión de la guerra imperialista, dejando al proletariado internacional sin guía en vísperas de unos acontecimientos trágicos.

El programa nacional del Estado ruso se ha convertido en el objetivo que la clase obrera deberá defender en la próxima conflagración, una justificación de su adhesión a la masacre llevada a cabo con la complicidad conjugada de las dos Internacionales traidoras, reunidas bajo el signo de “LA UNIDAD OBRERA”.

Para los obreros de los Estados “DEMOCRÁTICOS”: la *defensa de la URSS*, la *lucha contra el fascismo*; para los obreros aplastados bajo la bota del fascismo: la *lucha contra los imperialismos rapaces* que se niegan a repartir las riquezas del mundo. Éstas serán las consignas esenciales que cimentarán la Unión Sagrada entre proletariado y burguesía en la próxima guerra mundial.

La participación de la URSS en esta guerra no altera de ningún modo su carácter imperialista, que no dependerá de la naturaleza o del régimen político de los Estados que participen, sino como hemos visto, de la existencia del capitalismo, un modo de producción que sigue rigiendo la evolución de la sociedad entera, incluida la URSS.

## VI. EL CONFLICTO ÍTALO-ABISINIO, PRELUDIO DE LA GUERRA MUNDIAL.

Hemos indicado por qué el sistema capitalista de producción está *históricamente liquidado* antes de haber logrado completar su extensión al mundo entero, antes de haber podido eliminar todas las formas de producción preexistentes.

Y repetimos que, en realidad, esta situación se traduce en que el capitalismo no puede admitir que la industrialización de las colonias prosiga. De lo que resulta que los grandes grupos imperialistas necesitan llegar a *compromisos*, concluir treguas allí donde el dominio imperialista no ha podido afirmarse directamente mediante la ocupación territorial, sino indirectamente a golpe de préstamos, concesiones, tratados y acuerdos comerciales, es decir, en esos países que aún parece que disfrutaban de una cierta independencia, solamente *formal*, tales como China o Abisinia. Estos compromisos o treguas se basan en un statu quo económico y político que excluye cualquier predominio de uno u otro de estos grupos, cualquier modificación de la correlación de fuerzas, de las influencias, lo que solamente puede producirse a través de una nueva guerra imperialista. Fue precisamente en la Conferencia de Washington, en 1921-1922, cuando se concluyó el más importante de estos compromisos, que consolidó el sistema de equilibrio de las cuatro principales potencias imperialistas (Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Francia) en la zona del Pacífico y en China.

Una vez demostrado que en la era de la degeneración del capitalismo no existía ninguna posibilidad de despedazar China "PACÍFICAMENTE" (pacíficamente, en el sentido de una conquista militar, por parte de uno de los grupos, que no chocara violentamente con los intereses de un imperialismo enemigo, como sucedió en la fase de las guerras coloniales del siglo anterior), la Conferencia de Washington acordó un statu quo en China, el respeto a su "independencia", que no significaba más que el mantenimiento de su integridad territorial, mientras China se comprometía a no ceder en arriendo ninguna porción de su territorio. El régimen de la *puerta abierta* sobrevivía, pues, si bien Japón, dada su situación geográfica (al margen de otros factores), podía lograr importantes ventajas, como demostraron los acontecimientos posteriores.

*En Abisinia*, el compromiso que reglamentaba el statu quo político y territorial se estableció en 1906 entre Inglaterra, Francia e Italia, sin consultar para nada a Abisinia. (No examinaremos aquí cómo es que Abisinia ha podido, hasta el día de hoy, evitar una conquista militar). El acuerdo firmado confirmó los derechos ingleses sobre el Nilo Azul y el lago Tsana, reguló los intereses italianos en Eritrea y Somalia y los intereses franceses en Djibuti. Posteriormente hubo intentos de revisar ese compromiso:

El tratado secreto de Londres, en 1915, preveía compensaciones para Italia en Eritrea y Somalia, así como en Libia; pero tras la firma de la paz no se aplicaron.

Luego, el acuerdo secreto de diciembre de 1925 entre Inglaterra e Italia (firmado a espaldas de Francia y Etiopía) estipulaba un control efectivo de Inglaterra sobre las aguas del lago Tsana y dejaba a Italia la concesión de un ferrocarril que debía conectar a Eritrea con Somalia, así como la hegemonía económica sobre los territorios situados al oeste del ferrocarril. Pero la oposición de Francia impidió cualquier conclusión práctica.

Finalmente, el pacto de los cuatro ha adquirido un valor concreto en lo que concierne a Francia e Italia, puesto que el acuerdo franco-italiano firmado en Roma en enero de 1935 permite a Francia consolidar sus posiciones en Europa central y los Balcanes con el apoyo de Italia, que se comprometería a defender

Austria frente a las veleidades del Anschluss; a cambio, Italia recibiría algunos territorios en Libia (mediante la aplicación del pacto de Londres en 1925), sobre la costa de Somalia y gozaría de vía libre para una penetración en Abisinia. Además, Francia prometía a Italia su apoyo financiero.

Inglaterra replicó a ese acuerdo imponiendo a Abisinia una concesión sobre el lago Tsana con miras a la construcción de una presa. Pero Italia, al reforzar sus bases militares en África, se comprometía ya en el camino de la guerra.

Para un marxista, ciertamente no son las *formas* de dominio del capitalismo (democracia, fascismo) las que determinan la naturaleza y la tendencia general de la política burguesa, sino la existencia del sistema de producción capitalista y las necesidades históricas que impone la profundización de sus contradicciones, necesidades que dependen de las particularidades estructurales de cada Estado capitalista.

En este sentido, si se observa el caso de Italia, no se puede proclamar un supuesto fracaso de la política fascista y decir que se ha separado de la política del capitalismo en general.

El fascismo, forma de dominio burgués, es incapaz de desplegar un programa particular de gestión que le permita abstraerse de la evolución del conjunto del capitalismo mundial. El fascismo es solamente la expresión *política* de la debilidad constitucional de un Estado capitalista, debilidad que, en un momento determinado, se refleja en el terreno de las clases mediante la aguda tensión de las relaciones sociales y la amenaza revolucionaria. La burguesía pasa entonces a la dispersión del proletariado, pero no resuelve con ello los contrastes económicos, de los que como ya hemos dicho sigue presa.

La fase de transformación de la economía en un aparato de guerra (cuyo ritmo se acelera allí donde domina el fascismo) es precisamente aquélla durante la cual el capitalismo busca una salida a sus contradicciones orientándose irresistiblemente hacia la guerra. El militarismo es el mercado artificial que viene a llenar parcial y temporalmente las deficiencias del mercado mundial, tal como Rosa Luxemburg afirmó brillantemente en su *Acumulación del capital*.

Asimismo, ya hemos indicado que si Italia actualmente debe recurrir a la guerra, es porque, por una parte, fue la primera en descartar el peligro de revolución proletaria, uno de los polos de la evolución del capitalismo, mientras que, por otra parte, ha llegado al extremo del curso opuesto, que no deja ya ninguna elección más que la guerra.

Y cuando socialistas y centristas, unidos en defensa de la democracia, proclaman que “EL FASCISMO ES LA GUERRA”, no hacen más que falsificar la realidad capitalista en provecho de las necesidades de la política “DEMOCRÁTICA” burguesa, consiguiendo, mediante agrupaciones “antifascistas”, desviar al proletariado de su línea de clase y orientarlo hacia la guerra imperialista.

Si consideráramos que la guerra emprendida por Italia es una guerra *colonial*, una guerra de expansionismo económico, obviaríamos con ello las características de la fase última de descomposición del capitalismo, de la época de las guerras y revoluciones y, como consecuencia, oscureceríamos la causa profunda de la entrada en guerra de Italia.

Podríamos tratar de demostrar que aún es posible que se produzcan guerras coloniales en la crisis general del capitalismo, trayendo a colación el hecho de que Japón lleva diez años penetrando en Manchuria sin encontrar grandes obstáculos... En efecto, allí se desarrolla una expansión del imperialismo japonés que, ya culminada en Manchuria, amenaza con extenderse hacia el oeste, a Mongolia, y hacia el sur, al norte de

China, aunque esta expansión no implica una industrialización, una extensión de la producción capitalista a estos territorios, sino que se manifiesta en una organización económica con miras a una explotación racional de las materias primas (ferrocarriles, puertos, presas, etc.). Pero es importante señalar que la expansión japonesa está ligada a unas circunstancias que son particulares de Asia (circunstancias históricas), así como a una situación geográfica favorable para Japón. Los acuerdos de Washington, al fijar el statu quo, han registrado la ventajosa posición adquirida ya por Japón en Manchuria, con sus conquistas de 1895 y 1905, aunque por otra parte esto no es ningún obstáculo para una expansión ulterior de Japón.

La primera guerra imperialista no pudo resolver el problema del Pacífico y de Asia. En la posguerra, el capitalismo mundial tuvo que relegar este problema a un segundo plano, aunque era de una importancia decisiva. En cambio, Japón pudo aprovechar su posición favorable en Asia para situarse como bastión del capitalismo mundial frente a la ola ascendente de la revolución china, a la vez que consolidaba sus posiciones. Y actualmente, vemos como amplía brutalmente la brecha que ha abierto en el compromiso asiático.

En lo que concierne a Italia, no se puede comparar su expedición africana con una guerra colonial. Por una parte, porque Abisinia no podrá convertirse hasta dentro de mucho tiempo, para el capitalismo italiano, en un mercado capaz de amortiguar sus contrastes económicos inmediatos, que no son algo particular suyo sino que están relacionados con la crisis general del capitalismo; aunque esta guerra sí que ofrece un terreno para que la economía italiana vuelque su formidable potencial de guerra. Y por otra parte, porque lo que hace Italia es precisamente tratar de romper uno de esos compromisos que regulan la correlación de fuerzas entre los grupos imperialistas, lo que la convierte en un punto especialmente vulnerable del frente capitalista.

Nosotros consideramos que las guerras coloniales ya no son concebibles, en el sentido de que ya no surgen de conflictos *localizados* entre un Estado capitalista y un país precapitalista que desembocan, a fin de cuentas, en una *extensión* del mercado capitalista mundial (ya que tal hipótesis se opone a la noción de reparto completo del globo y a la realidad de la crisis general del capitalismo), sino que tales conflictos, si terminan estallando, deben inevitablemente desarrollarse como conflictos inter-imperialistas que preludian la guerra mundial. Tal esquema se ha verificado, por lo demás, en el curso que ha seguido el conflicto ítalo-etíope.

El año 1935 estuvo jalonado por los intentos de desviar la empresa italiana de su desenlace violento. Ni el viaje de Eden a Roma, ni la Conferencia tripartita de París, ni las propuestas del Comité de los cinco de Ginebra, ninguna de esas maniobras capitalistas logró sustituir con otro compromiso el de 1906, porque no existe una fórmula de acuerdo que pueda solucionar los contrastes del capitalismo italiano, irresistiblemente arrastrado hacia la guerra, y al mismo tiempo solucionar los contrastes del imperialismo inglés –cuyos intereses están directamente en juego porque una ruptura del equilibrio sobre uno de los puntos del frente capitalista sacudiría todo el precario sistema de equilibrio que regula la existencia del capitalismo en su fase de descomposición–.

Así como no depende de la *voluntad* de la burguesía italiana el recurrir o no a la guerra, y quienes identifican fascismo y guerra, quienes denuncian al fascismo como el enemigo de la paz, no son sino agentes del capitalismo; del mismo modo, tampoco depende de la voluntad de las pseudofuerzas de paz, de los poderosos grupos imperialistas, evitar no ya sólo la guerra de Italia en África, sino la corriente de acontecimientos que conducen a la guerra mundial, a pesar de los intentos desesperados de la diplomacia burguesa por resistirse a esa corriente.

Si el imperialismo inglés, responsable de seculares crímenes coloniales, puede permitirse aparecer hoy como el campeón de la paz y del derecho internacional, es porque tal actitud coincide con la defensa de sus intereses vitales, amenazados por Italia. El mantenimiento de la paz no se concibe sin el respeto a la correlación de fuerzas estipulada en Versalles. Pero ni siquiera este statu quo está garantizado, pues ya casi no queda espacio para la menor maniobra "PACÍFICA" del capitalismo.

Hemos indicado por qué el equilibrio mundial ha podido romperse en Asia sin provocar un conflicto generalizado (aunque indudablemente los últimos acontecimientos en China van a precipitar su maduración). Lo cierto es que la expedición africana no solamente amenaza los intereses ingleses, sino que también y sobre todo influye de manera sensible sobre el conjunto del mecanismo capitalista, dado el avanzado estadio de la evolución del capitalismo hacia la guerra.

La moribunda Sociedad de Naciones, bruscamente reanimada por la voluntad de Inglaterra, que la ha puesto abiertamente a su servicio, es el arma de corrupción destinada a culminar esta maduración; sirve de polo de atracción para los obreros de los países "democráticos", alrededor de la constelación imperialista "agredida" que defiende su botín contra el fascismo "agresor", mientras que en el interior de la constelación adversa la movilización de los obreros se efectúa en nombre de la defensa de los Estados "pobres" contra los Estados "ricos".

Los hechos ya se han encargado de desmentir que esa *política de sanciones*, de inspiración inglesa, permite evitar la guerra,. La decisión de Ginebra de limitarse a sanciones económicas no ha impedido que Inglaterra envíe su flota al Mediterráneo, ni tampoco la amenaza de sanciones ha hecho capitular a Italia. Al contrario, ha proporcionado a Italia una justificación para las medidas de organización de la miseria y la hambruna de los obreros.

En cuanto a la independencia de Abisinia, ya hemos dicho lo que significa la independencia nacional en la era de descomposición del imperialismo.

El tratado tripartito de 1906, el tratado secreto anglo-italiano de 1925 y los recientes intentos de acuerdo, demuestran que la independencia de Abisinia no es más que una palabra vacía y que su defensa equivale a encubrir tanto el régimen de explotación esclavista y feudal que aún sobrevive, como el imperialismo inglés.

Desde un punto de vista de clase, la defensa de Abisinia no puede consistir en otra cosa más que en la lucha de los explotados abisinios contra la dominación del Négus y la opresión imperialista, lucha que no puede desarrollarse más que con el apoyo del proletariado internacional y del proletariado italiano en particular.

## VII. EL PROLETARIADO Y LA GUERRA.

Evidentemente, la lucha contra la guerra se identifica con la lucha de clases, con la lucha contra el capitalismo con miras a su derrocamiento y a la instauración de la dictadura del proletariado. A la guerra solamente se le puede hacer frente con la revolución.

Y no somos ni pesimistas ni fatalistas cuando afirmamos que, ante la inminencia de una nueva guerra imperialista y ante la ausencia de un partido capaz de guiar al proletariado, las condiciones para emprender tal lucha no existen inmediatamente.

Puesto que la situación que vivimos actualmente es el producto y el término de toda una cadena de acontecimientos que han traído consigo la eliminación progresiva del proletariado de la escena histórica, una situación cuyo desenlace no será la liberación de las fuerzas productivas, sino su destrucción, no depende en absoluto de la mera *voluntad* de las ínfimas minorías revolucionarias, por resueltas que sean, el invertir este curso en el intervalo de tiempo *relativamente* corto que transcurrirá hasta la explosión del conflicto.

El problema es saber si los obreros lograrán, en el corto plazo concedido, reagruparse sobre posiciones de clase para la defensa de sus condiciones de existencia y forjar, a través de unas luchas que deberán ampliarse sin cesar hasta llegar a la lucha política, el partido de vanguardia capaz de conducirlos al asalto del capitalismo.

La respuesta que impone la sombría realidad actual es que la realización de tal hipótesis es muy poco probable, y que la conciencia proletaria no resurgirá verdaderamente más que en el hervidero de los acontecimientos de la guerra, de la conmoción de todo el sistema capitalista y de la inversión total de la relación de clases.

La reconstrucción del proletariado como clase capaz de cumplir su tarea histórica, requerirá no solamente una situación objetiva favorable, sino también la intervención en los acontecimientos del partido de vanguardia, factor subjetivo que aporta al proletariado la conciencia y visión de sus objetivos.

Actualmente, la tarea fundamental de los comunistas de izquierda es precisamente elaborar y coordinar, a escala internacional, los principios extraídos de la experiencia de la Revolución rusa y de los fenómenos propios de la fase de degeneración del imperialismo, así como construir los cuadros del partido de mañana.

Para los comunistas de izquierda, la lucha contra la guerra depende del trabajo ideológico que prepara las bases para la futura revolución. En la fase actual, prelude de la guerra mundial, los comunistas solamente pueden limitarse a indicar que *las bases* sobre las cuales los obreros *pueden* reagruparse son las organizaciones de clase *existentes*, movilizadas en la defensa de sus reivindicaciones específicas; que la prosecución de esos objetivos *iniciales* convencerá a los obreros, a través del desarrollo mismo de las situaciones, de que es inevitable pasar a formas de lucha cada vez más elevadas hasta llegar a la insurrección armada.

En cuanto a las consignas del *boicot*, *guerra a la guerra*, *huelga general* o *insurrección*, que ante una eventual declaración de guerra podrían lanzar las corrientes políticas de tendencia *pacifista* o *anarquista*, el conocimiento marxista de las condiciones que han permitido la maduración y estallido de la guerra nos debe permitir denunciar la inanidad de tales consignas.

Pretender “BOICOTEAR LA GUERRA”, pretender replicar a la guerra con la revolución, equivale a pretender reconstituir “ESPONTÁNEAMENTE” unos factores revolucionarios que se han ido diluyendo durante todo un proceso histórico y cuyo desenlace por tanto no puede ser la revolución, sino la guerra.

Por supuesto, los marxistas, aunque rechacen dichas consignas, deben sin embargo participar en las acciones de clase que puedan surgir en vísperas o en el momento de la guerra, planteando ante los obreros el significado concreto de tales manifestaciones y tratando de sembrar las semillas que florecerán en forma de conciencia proletaria cuando los acontecimientos de la guerra hayan hecho madurar las condiciones para una situación revolucionaria.

Evidentemente, este florecimiento sólo será posible si los comunistas proclaman que la lucha de clase no puede interrumpirse durante la guerra, que no se trata de diferirla hasta el período de paz ni de mitigarla bajo cualquier forma o pretexto, sino que los obreros deben por el contrario ampliar las bases de dicha lucha, tratando de sacar partido de las tensas situaciones que engendra la guerra hasta hacerlas desembocar en una ruptura del frente capitalista.

Es evidente que, durante la guerra, la lucha de clases sólo se concibe –al igual que durante el periodo de paz– como el enfrentamiento entre cada proletariado nacional con su *propia* burguesía, y que tal postura es válida para los proletariados de las metrópolis, así como para los de las colonias, lo cual se desprende de la apreciación que hemos hecho acerca de la última fase del imperialismo, que elimina cualquier perspectiva de movimientos nacionales burgueses o de guerras progresistas. Esto vale también para el proletariado ruso aplastado bajo la opresión del centrismo, fuerza contrarrevolucionaria al servicio del capital mundial.

La firme lucha revolucionaria de cada proletariado contra su propia burguesía reducirá la resistencia del aparato burgués, lo cual se manifestará tanto mediante la profundización de los contrastes sociales en el interior, como en el debilitamiento de su capacidad de lucha contra el enemigo exterior. Dicho de otra manera, la lucha de clases depende de la aceptación del derrotismo revolucionario. Luchar contra su propia burguesía es ayudar a derrotarla, sin restricción ninguna. Y no vamos a refutar aquí esa tesis contrarrevolucionaria que afirma que, dado que es imposible que se produzcan simultáneamente en todos los países actos revolucionarios y derrotistas, la posición del derrotismo es indefendible.

Es evidente que, para un marxista, su postura derrotista no depende de si se produce simultáneamente o no en otros países, sino que es esta simultaneidad –o por lo menos la extensión del derrotismo– la que surge del *ejemplo* de acciones derrotistas revolucionarias llevadas a cabo por uno o varios proletariados; así, el proletariado no puede “esperar” a que la revolución estalle a escala internacional para llevar a cabo su insurrección, mientras que lo contrario se cumple siempre, a saber: que la revolución estalla en el sector menos resistente del frente capitalista, como expresión de una maduración internacional de los contrastes sociales que pueden llevar a una revolución internacional.

La aceptación del derrotismo implica, además, el rechazo a las formulaciones pacifistas planteadas por los agentes, conscientes o no, del capitalismo. El proletariado rechaza categóricamente las consignas: “NI VICTORIA, NI DERROTA”, “PAZ A CUALQUIER PRECIO”, que pueden perfectamente emplearse, en cambio, para la defensa de los intereses de uno u otro clan imperialista, en función de la correlación de las fuerzas antagónicas que fluctúan durante el desarrollo de la guerra.

El deseo de paz de las masas, que surge inevitablemente en un momento determinado de la guerra, debe ser orientado en el sentido revolucionario. La consigna de *paz* no tiene en sí ningún contenido de clase.

Solamente lo adquiere al juntarse con las consignas de derrotismo y guerra civil. El cambio de actitud de los obreros hacia la guerra imperialista sólo se traducirá en el renacimiento de su conciencia de clase si logran orientar sus luchas hacia la revolución, bajo la dirección del Partido.

Pero, así como no depende de la voluntad de unos débiles grupos marxistas el invertir bruscamente el curso de los acontecimientos que conducen a la guerra, tampoco depende de ellos *crear* las condiciones que transformen la guerra imperialista en guerra civil, en una lucha insurreccional por la conquista del poder.

Tal transformación no será producto de una acción artificial, sino el desenlace de toda una evolución de situaciones y acontecimientos, al calor de la guerra, al madurar los contrastes sociales y bajo el empuje de la dislocación de la armadura capitalista. La reconstrucción del proletariado revolucionario surgirá de un renacimiento de las acciones de clase de los obreros que logren desintoxicarse de la ideología de la guerra imperialista para penetrarse de la ideología comunista y armarse del programa de la revolución, un programa que habrá tenido que elaborar previamente la vanguardia proletaria durante el proceso de maduración de esos contrastes.

Este informe no aborda el análisis de los factores de los que depende la continuidad y la expansión de una revolución proletaria, sobre todo en lo que respecta a la *guerra revolucionaria*. Este es un problema cuya solución está ligada a los elementos esenciales que definen la función de un Estado proletario y su gestión por la Internacional proletaria. A las fracciones comunistas de izquierda les corresponde elaborar esos nuevos principios, que enriquecerán la ciencia marxista.

Por otra parte, las consideraciones expuestas acerca de la lucha del proletariado durante la guerra imperialista no implica evidentemente dejar de lado el resto de tareas generales y programáticas, que las fracciones de izquierda deben elaborar y precisar en el propio curso del trabajo de confrontación y clarificación ideológica, que hay que emprender sin más tardanza.

Jehan, noviembre de 1935.

Liga de los Comunistas Internacionalistas.

Contribución a una discusión publicada en Cuadernos de estudio de la LCI - Liga de los Comunistas Internacionalistas (Cahiers d'étude de la LCI - Ligue des Communistes Internationalistes).

## TESIS SOBRE LAS TAREAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA INTERNACIONAL<sup>11</sup>

Un número apreciable de camaradas de todas las partes de Alemania ha adoptado las siguientes tesis, que representan una aplicación del Programa de Erfurt a los problemas actuales del socialismo internacional.

1. La guerra mundial ha destrozado los resultados de cuarenta años de labor del socialismo europeo al aniquilar la relevancia de la clase obrera revolucionaria en tanto que factor de poder político, así como el prestigio moral del socialismo; ha hecho saltar en pedazos la Internacional proletaria llevando a sus diversas secciones a la guerra fratricida y encadenando a la nave del imperialismo los deseos y las esperanzas de las masas populares de los más importantes países de desarrollo capitalista.
2. Al votar positivamente los créditos de guerra y al proclamar la paz civil, los jefes oficiales de los partidos socialistas de Alemania, Francia e Inglaterra (con la excepción del Partido obrero independiente) han cubierto las espaldas del imperialismo, han inducido a las masas populares a soportar pacientemente la miseria y el horror de la guerra, contribuyendo así al desencadenamiento desenfrenado del delirio imperialista, a la prolongación de la carnicería y a la multiplicación de sus víctimas, compartiendo por consiguiente la responsabilidad por la guerra y sus consecuencias.
3. Esta táctica de las instancias oficiales de los partidos de los países beligerantes, en primerísimo lugar en Alemania, el país hasta ahora guía de la Internacional, supone una traición a los más elementales principios del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera, a todos los intereses democráticos de los pueblos. Por culpa de ella la política socialista se ha visto condenada a la impotencia también en los países en los que los dirigentes de los partidos han sido fieles a sus deberes: Rusia, Serbia, Italia y -con una excepción- Bulgaria.
4. Abandonando la lucha de clases durante la guerra y dejándola para la época posbélica, la Socialdemocracia oficial de las grandes potencias ha dado tiempo a las clases dominantes de todos los países para reforzar inmensamente económica, política y moralmente sus posiciones a costa del proletariado.
5. La guerra mundial no sirve ni para la defensa nacional ni a los intereses económicos o políticos de las masas populares de ningún país: es única y exclusivamente un engendro de las rivalidades imperialistas entre las clases capitalistas de diversos países en lucha por el dominio a escala mundial y por el monopolio en la explotación y la opresión de las zonas todavía no dominadas por el capital. En esta era de imperialismo desatado ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sirven únicamente como pretexto para poner a las masas populares al servicio de su enemigo mortal: el imperialismo.
6. De la política de los estados imperialistas y de las guerras imperialistas no puede surgir la libertad y la independencia para ninguna nación oprimida. Las pequeñas naciones, cuyas clases dominantes son apéndice y cómplices de sus compañeros de clase de los grandes estados, no son sino piezas en el tablero de ajedrez sobre el que desarrollan su juego imperialista las grandes potencias y, al igual que sus masas trabajadoras, son instrumentalizadas durante la guerra para ser sacrificadas cuando ésta acabe a los intereses capitalistas.

---

<sup>11</sup> Estas tesis fueron publicadas como anexo al *Folleto de Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana* (1915).

7. En estas condiciones, la derrota o la victoria en la presente guerra mundial serán por igual una derrota para el socialismo y la democracia. Sea cual sea su resultado -exceptuando la intervención revolucionaria del proletariado internacional-, conducirá al reforzamiento del militarismo, de los antagonismos nacionales, de las rivalidades económicas a escala mundial. La guerra agrava la explotación capitalista, y la reacción interna debilita el control público y rebaja a los parlamentos al papel de instrumentos cada vez más serviles del militarismo. La guerra mundial actual desarrolla así al mismo tiempo todos los presupuestos para que se produzcan nuevas guerras.
8. La paz mundial no puede asegurarse por medio de planes utópicos o, en el fondo, reaccionarios, como los tribunales arbitrales internacionales de diplomáticos capitalistas, acuerdos diplomáticos sobre "desarme", "libertad de los mares", abolición del derecho de botín en el mar, "federaciones de estados europeos", "uniones aduaneras centroeuropeas", Estados nacionales-tapón y similares. El imperialismo, el militarismo y las guerras no podrán ser eliminados o limitados mientras las clases capitalistas sigan ejerciendo incontestablemente su dominio de clase. El único medio capaz de oponerse con éxito a ellos y la única garantía de la paz mundial es la capacidad de acción política y la voluntad revolucionaria de proletariado para hacer sentir en la balanza el peso de su fuerza.
9. El imperialismo, como fase última y desarrollo extremo del dominio político mundial del capital, es el enemigo mortal común del proletariado de todos los países. Pero comparte con las fases anteriores del capitalismo el sino de fortalecer las energías de su mortal enemigo en la misma medida en que se desarrolla él mismo. El imperialismo acelera la concentración del capital, la erosión de las capas medias, la multiplicación del proletariado, despierta la resistencia creciente de las masas y conduce así a la agudización intensiva de los antagonismos de clase. La lucha de clases proletaria ha de concentrarse, tanto en la paz como en la guerra, contra el imperialismo. La guerra contra él es para el proletariado internacional al mismo tiempo lucha por el poder político del Estado, enfrentamiento decisivo entre el socialismo y el capitalismo. La meta final socialista sólo será alcanzada por el proletariado internacional si le hace frente en toda la línea al imperialismo y en un supremo esfuerzo y con máxima abnegación pone como norte de su política práctica la consigna: "guerra a la guerra".
10. Para este fin, la tarea principal del socialismo es unificar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva, hacer de él un factor decisivo de la vida política, a lo que está llamado por la historia, por medio de una fuerte organización internacional dotada de una visión homogénea de sus intereses y tareas, de una táctica homogénea y de capacidad de acción política tanto en la paz como en la guerra.
11. La II Internacional ha estallado con la guerra. Sus insuficiencias se han demostrado en su incapacidad para oponer un dique eficaz contra el fraccionamiento nacional en la guerra y para llevar a la práctica una táctica y una acción comunes del proletariado en todos los países.
12. Considerando la traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los países-guía a las metas y los intereses de la clase obrera, considerando su defección del terreno de la Internacional proletaria al terreno de la política burguesa-imperialista, es una necesidad vital para el socialismo construir una nueva Internacional obrera que asuma la dirección y la unificación de la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo en todos los países.

Para cumplir sus tareas históricas ha de basarse en los siguientes principios:

1. La lucha de clases en el interior de los estados burgueses contra las clases dominantes y la solidaridad internacional de los proletarios de todos los países son dos reglas vitales inseparables de

la clase obrera en su lucha de liberación histórico-mundial. No hay socialismo sin lucha de clases. El proletariado internacional no puede renunciar, ni en la guerra ni en la paz, a riesgo de suicidarse, a la lucha de clases y a la solidaridad internacional.

2. La acción de clase del proletariado de todos los países ha de orientarse, en la paz como en la guerra, a combatir al imperialismo y a impedir las guerras, como meta principal. La acción parlamentaria, la acción sindical y en general toda actividad del movimiento obrero deben subordinarse al objetivo de enfrentar al máximo en todos los países al proletariado con la burguesía nacional, de destacar en todo momento el antagonismo político y espiritual entre ambos, así como, al mismo tiempo, poner en un primer plano y fomentar el sentimiento de comunidad internacional de los proletarios de todos los países.
3. El centro de gravedad de la organización de clase del proletariado está en la Internacional. La Internacional decide en la paz acerca de la táctica de las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, política colonial, 1º de mayo y además sobre toda la táctica a seguir en guerra.
4. El deber de ejecutar las resoluciones de la Internacional es prioritario sobre todos los demás deberes de la organización. Las secciones nacionales que contravengan las resoluciones de la Internacional se sitúan fuera de ella.
5. En las luchas contra el imperialismo y la guerra, la fuerza decisiva sólo puede provenir de las compactas masas del proletariado de todos los países. El objetivo principal de la táctica de las secciones nacionales ha de consistir por tanto en educar a las amplias masas para que adquieran capacidad de acción política y una iniciativa decidida, en asegurar la conexión internacional de las acciones de masas, en construir las organizaciones políticas y sindicales de modo que por su mediación se garantice en todo momento la rápida y eficaz colaboración de todas las secciones y se realice la voluntad de la Internacional en la práctica de las más amplias masas obreras de todos los países.
6. La tarea más urgente del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se manifiesta en la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales han de orientar su agitación en los parlamentos, igual que en la prensa, a denunciar la fraseología tradicional del nacionalismo en tanto que instrumento burgués de dominación. La única defensa de toda verdadera libertad nacional es hoy la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria de los proletarios, a cuya defensa ha de subordinarse todo lo demás, es la Internacional socialista.

Rosa Luxemburg.

## ¿QUIÉNES SOMOS?

Una nueva y dramática crisis, desde 2001, sacude, si no destruye, a la Corriente Comunista Internacional, una de las principales organizaciones del medio político proletario internacional. Esta se manifiesta:

- En la política liquidacionista que lleva a cabo la nueva dirección, especialmente (aunque no únicamente) en el plano organizativo: rechazo de todo debate y aplastamiento de las divergencias políticas mediante la denigración, la mentira, así como por la multiplicación de medidas disciplinarias contra quienes las expresan, llegando hasta su exclusión (una carretada de una decena de exclusiones ha sido decidida en la primavera de 2002, lo que jamás se había visto en la CCI; y en su mayor parte son "*viejos*" militantes, e incluso "*fundadores*", que tenían puestos de responsabilidad). Esta política es semejante, en lo esencial, a la catastrófica "*bolchevización*" que sufrió la Internacional Comunista y todos los partidos comunistas en la segunda mitad de los años 1920;
- En la formación de nuestra fracción interna, en octubre de 2001 y el combate que lleva a cabo desde entonces para contrarrestar esta política liquidacionista e intentar frenar el proceso de degeneración en el cual se ha comprometido esta organización, proceso cuyo término solamente puede ser la pérdida pura y simple de la CCI para la clase obrera.

Este combate ha sido llevado a cabo por nuestra fracción especialmente a través de la publicación de un boletín "*interno*" (una decena de números) dirigido únicamente a los militantes de la CCI y ello globalmente hasta nuestra exclusión de la organización. Posteriormente, los números siguientes del boletín los hemos dirigido y abierto a los grupos políticos y elementos fieles al comunismo y al internacionalismo proletario, que se reivindican de las Izquierdas comunistas de los años 1920 y 1930, particularmente de la izquierda llamada "*italiana*".

Nuestro boletín pretende ser una herramienta de reflexión y de impulso del debate en el seno de este medio político proletario con el fin, por supuesto, de hacer el balance político de la crisis que golpea a la CCI actualmente y sacar el máximo de lecciones, pero también, y sobre todo, para desprender perspectivas de reagrupamiento de las fuerzas revolucionarias con miras a la constitución del futuro partido del proletariado.

El sitio web<sup>12</sup> que hemos abierto es una herramienta suplementaria que ponemos a disposición, con el mismo espíritu y los mismos objetivos.

Nuestra fracción es la verdadera continuadora de la CCI porque se mantiene fiel a sus principios y posiciones fundamentales, que actualmente son trastocados y liquidados por la CCI "*oficial*". La fracción pondrá sus reflexiones a disposición de todos, y tratará de desarrollar la discusión más abierta posible entre los revolucionarios. Continuará así defendiendo la plataforma y estatutos de la CCI, tal como han existido desde su fundación hasta la apertura de esta última crisis, así como sus análisis fundamentales.

Por tanto, como fracción, no tiene de ningún modo la intención de fundar una nueva organización política, lo que solamente conduciría a aumentar todavía más la dispersión de las fuerzas revolucionarias actuales. Por el contrario, su objetivo esencial es el de participar en el acercamiento de estas últimas e incluso en su reagrupamiento. Más allá del combate contra la degeneración de la CCI que debe, por lo menos, permitimos trazar el balance político más completo, tal es la función que queremos darle a nuestro boletín y al sitio web.

Fracción Interna de la CCI, 7 de julio del 2002.

---

<sup>12</sup> <http://fractioncommuniste.org/>

## NUESTRAS POSICIONES

- Desde la Primera Guerra Mundial el capitalismo es un sistema social decadente. Lo único que puede ofrecer a la clase obrera y a la humanidad en general son ciclos de crisis, guerras y reconstrucciones. De ahí que la única alternativa que se plantea a la humanidad en la decadencia histórica irreversible del sistema capitalista es: *socialismo o barbarie*.
- La Comuna de París de 1871 fue el primer intento del proletariado para llevar a cabo la revolución, en una época en la que las condiciones no estaban todavía dadas para ello. Con la entrada del capitalismo en su periodo de decadencia, la Revolución de octubre de 1917 en Rusia fue el primer paso de una auténtica revolución comunista mundial en una oleada revolucionaria internacional que puso fin a la guerra imperialista y se prolongó durante algunos años. El fracaso de aquella oleada revolucionaria, especialmente en Alemania en 1919-23, condenó la revolución rusa al aislamiento y a una rápida degeneración. El estalinismo no fue el producto de la revolución rusa. Fue su enterrador.
- Los regímenes estatizados que, con el nombre de “socialistas” o “comunistas” surgieron en la URSS, en los países del Este de Europa, en China, en Cuba, etc., no han sido sino otras formas, particularmente brutales, de la tendencia universal al capitalismo de Estado propia del periodo de decadencia.
- Desde el principio del siglo XX todas las guerras son guerras imperialistas en la lucha a muerte entre Estados, pequeños o grandes, para conquistar un espacio en el ruedo internacional o mantenerse en el que ocupan. Sólo muerte y destrucciones aportan esas guerras a la humanidad y ello a una escala cada vez mayor. Sólo mediante la solidaridad internacional y la lucha contra la burguesía en todos los países podrá oponerse a ellas la clase obrera.
- Todas las ideologías nacionalistas de “independencia nacional”, de “derecho de los pueblos a la autodeterminación”, sea cual fuere el pretexto, étnico, histórico, religioso, etc., son auténtico veneno para los obreros. Al intentar hacerles tomar partido por una u otra fracción de la burguesía, esas ideologías los arrastran a oponerse unos a otros y a lanzarse a mutuo degüello tras las ambiciones de sus explotadores.
- En el capitalismo decadente, las elecciones son una máscara. Todo llamamiento a participar en el circo parlamentario no hace sino reforzar la mentira de presentar las elecciones como si fueran, para los explotados, una verdadera posibilidad de escoger. La “democracia”, forma particularmente hipócrita de la dominación de la burguesía, no se diferencia en el fondo de las demás formas de dictadura capitalista como el estalinismo y el fascismo.
- Todas las fracciones de la burguesía son igualmente reaccionarias. Todos los autodenominados partidos “obreros”, “socialistas”, “comunistas” (o “excomunistas”, hoy), las organizaciones izquierdistas (trotskistas, maoístas, y excomunistas, anarquistas oficiales) forman las izquierdas del aparato político del capital. Todas las tácticas de “frente popular”, “frente antifascista” o “frente único”, que pretenden mezclar los intereses del proletariado a los de una fracción de la burguesía sólo sirven para frenar y desviar la lucha del proletariado.
- Con la decadencia del capitalismo, los sindicatos se han transformado en todas partes en órganos del orden capitalista en el seno del proletariado. Las formas sindicales de organización, “oficiales” o de “base”, sólo sirven para someter a la clase obrera y encuadrar sus luchas.
- Para su combate, la clase obrera debe unificar sus luchas, encargándose ella misma de su extensión y de su organización, mediante asambleas generales soberanas y comités de delegados elegidos y revocables en todo momento por esas asambleas.
- El terrorismo no tiene nada que ver con los medios de lucha de la clase obrera. Es una expresión de capas sociales sin porvenir histórico y de la descomposición de la pequeña-burguesía, y eso cuando no son emanación directa de la pugna que mantienen permanentemente los Estados entre sí; por ello ha sido siempre un terreno privilegiado para las manipulaciones de la burguesía. El terrorismo predica la acción directa de las pequeñas minorías y por ello se sitúan en el extremo opuesto a la violencia de clase, la cual surge como acción de masas consciente y organizada del proletariado.

- La clase obrera es la única capaz de llevar a cabo la revolución comunista. La lucha revolucionaria lleva necesariamente a la clase obrera a un enfrentamiento con el Estado capitalista. Para destruir el capitalismo, la clase obrera deberá echar abajo todos los Estados y establecer la dictadura del proletariado a escala mundial, la cual es equivalente al poder internacional de los Consejos Obreros, los cuales agruparán al conjunto del proletariado.
- Transformación comunista de la sociedad por los Consejos Obreros no significa ni “autogestión”, ni “nacionalización” de la economía. El comunismo exige la abolición consciente por la clase obrera de las relaciones sociales capitalistas, o sea, del trabajo asalariado, de las fronteras nacionales. Exige la creación de una comunidad mundial cuya actividad total esté orientada hacia la plena satisfacción de las necesidades humanas.
- La organización política revolucionaria es la vanguardia del proletariado, factor activo del proceso de generalización de la conciencia de clase en su seno. Su función no consiste ni en “organizar a la clase obrera”, ni “tomar el poder” en su nombre, sino en participar activamente en la unificación de las luchas, por el control de éstas por los obreros mismos, y en exponer la orientación política revolucionaria del combate del proletariado.

#### **NUESTRA ACTIVIDAD**

- La clarificación teórica y política de los fines y los medios de la lucha del proletariado, de las condiciones históricas e inmediatas de esa lucha.
- La intervención organizada, unida y centralizada a nivel internacional, para contribuir en el proceso que lleva a la acción revolucionaria de la clase obrera.
- El reagrupamiento de revolucionarios para la constitución de un auténtico partido comunista mundial, indispensable al proletariado para echar abajo la dominación capitalista en su marcha hacia la sociedad comunista.

#### **NUESTRA FILIACIÓN**

- Las posiciones de las organizaciones revolucionarias y su actividad son el fruto de las experiencias pasadas de la clase obrera y de las lecciones que dichas organizaciones han ido acumulando de esas experiencias a lo largo de la historia.
- La CCI se reivindica de los aportes sucesivos de la Liga de los Comunistas de Marx y Engels (1847-52), de las tres internacionales (la Asociación Internacional de los Trabajadores, 1864-72; la Internacional Socialista, 1889-1914; la Internacional Comunista, 1919-28), de las fracciones de izquierda que se fueron separando en los años 1920-30 de la Tercera Internacional (la Internacional Comunista) en su proceso de degeneración, y más particularmente de las Izquierdas alemana, holandesa e italiana.